El Silencio de la Tierra

Antonio S. Sola



Círculo Rojo

EL SILENCIO DE LA TIERRA

ANTONIO S. SOLA



Primera edición: febrero 2026

ISBN: 979-13-7046-317-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: ANTONIO S. SOLA
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

PRÓLOGO

Conozco a Antonio Sánchez Sola desde nuestra época de estudiantes de bachillerato y siempre supe de su interés por la literatura. Recientemente he seguido su trayectoria como poeta, donde destaca por su dominio del lenguaje y su capacidad para transmitir emociones y llegar al lector.

Siempre me ha llamado la atención su manera de escuchar que parece atender por igual a la palabra y a los silencios. Tal vez por eso no me ha extrañado que su primera novela lleve este título tan elocuente: *El silencio de la tierra*.

Lo que aquí encontramos va mucho más allá de un crimen rural. La muerte de Ramón Belmonte es solo la puerta de entrada a un mundo donde la memoria, las heridas no cicatrizadas y la complicidad del silencio colectivo se entrelazan. El paisaje de campos de secano y almendros no es un simple decorado: es un personaje más, testigo mudo de los secretos que el tiempo quiso enterrar.

En esta historia, la sargento de la Guardia Civil Clara Molina y Lucía Belmonte recorren escenarios que son a la vez hermosos y ásperos. Casas cerradas, calles vacías y campos olvidados se convierten en cofres de memoria colectiva, donde la despoblación borra voces y la costumbre impone silencios. La trama policial es solo la superficie: lo que se despliega es una búsqueda de verdad en medio de silencios heredados, pactos impuestos y recuerdos íntimos que cada personaje carga en soledad.

El silencio, aquí, no es neutro. A veces protege, otras encubre, y muchas clama por ser escuchado. Esa tensión atraviesa toda la novela y la hace honesta y valiente: honesta en la sobriedad de su

prosa, valiente porque se atreve a poner el dedo en la llaga de aquello que, en tantos pueblos, todavía incomoda nombrar.

Me decía el autor: «Escribir *El silencio de la tierra* ha sido para mí un modo de escuchar lo que tantas veces callamos: las historias familiares, las ausencias, los secretos enterrados que nos definen más de lo que creemos». Y añadía: «Mi deseo es que el lector, al adentrarse en estas páginas, no solo siga la investigación de un crimen, sino que también encuentre un espejo donde mirar su propia memoria, sus propios silencios».

Por eso recomiendo leer sin prisa, dejando que el eco de cada revelación resuene. Porque esta novela es, en definitiva, una invitación: a detenerse, a mirar más allá de lo evidente, a dejar que la tierra nos hable. En su silencio laten las respuestas que más necesitamos.

Bienvenidos a este viaje de misterio, memoria y revelación.

José Luis Vique Moreno

PREFACIO

Todo libro guarda en su origen una inquietud, una chispa primera que lo empuja a existir. En el caso de *El silencio de la tierra*, esa chispa nació de un paisaje y de un silencio. Durante mucho tiempo, al recorrer los campos de mi tierra, me pregunté qué secretos podían haber quedado enterrados bajo las piedras, entre los almendros, en las casas abandonadas. Un día empecé a darles voz, y de ahí surgió esta novela.

No se trata solo de un misterio policial, sino también de una reflexión sobre la memoria, la violencia callada y la necesidad de nombrar aquello que durante años permaneció oculto. La tierra, tan presente y tan ignorada, sostiene la vida sin reclamar protagonismo. Su silencio no es vacío, sino enseñanza.

Escribir *El silencio de la tierra* fue para mí un ejercicio de escucha: a las mujeres que un día decidieron no callar, a los pueblos que todavía guardan heridas, y a la tierra misma, que nunca olvida. En este sentido, la obra fue concebida como un viaje hacia esa enseñanza callada, como un intento de traducir en palabras aquello que difícilmente cabe en ellas.

El lector hallará en estas páginas una invitación a detenerse, a abrir un espacio interior donde la contemplación sea posible. Tal vez descubra que el silencio de la tierra es también el suyo propio; que en ese callar profundo late una memoria más antigua que cualquier relato humano y una verdad que nos concierne a todos.

He querido, con humildad, ofrecer un umbral. El resto del camino pertenece al lector: a su mirada, a su sensibilidad y a su disposición para escuchar lo que no se dice con palabras, sino con la persistencia del mundo que nos sostiene.

Capítulo 1 — La muerte en el campo

El cuerpo apareció a primera hora, cuando el sol apenas despuntaba sobre la loma. Una claridad rosada se derramaba sobre los campos de barbecho, todavía húmedos del relente nocturno, y las sombras de los almendros parecían dedos largos arañando la tierra.

Fue un joven jornalero quien lo encontró. Venía a pie desde el cortijo de los Gutiérrez, con el paso lento del que madruga todos los días. Llevaba una fiambrera bajo el brazo y la chaqueta gastada, impregnada de un olor a establo. Al ver el tractor detenido en medio de la parcela, se desvió del camino para echar un vistazo.

Ramón Belmonte yacía en el suelo, a un par de metros de la cabina, con la gorra caída y la cara vuelta hacia la tierra. La rigidez del cuerpo contrastaba con la calma de la mañana. No había sangre visible. El motor aún conservaba el calor de haber estado en marcha, como si el trabajo hubiera quedado a medio hacer y el tiempo se hubiese detenido en seco. Todo parecía suspendido, como si la muerte hubiera pasado por allí de puntillas, sin ruido y sin huella.

El jornalero se quedó un instante inmóvil, con la respiración entrecortada, sin atreverse a tocar nada. Conocía bien a Ramón: hombre serio, de pocas palabras, siempre metido en sus faenas. Lo había visto la tarde anterior en el bar, jugando al dominó y discutiendo con la calma testaruda que lo caracterizaba. Ahora, en cambio, estaba allí, inerte, como si se hubiera fundido con la tierra. El muchacho sintió un temblor en las rodillas. Se descubrió la cabeza con un gesto instintivo de respeto y, con la voz ahogada, llamó por teléfono a la Guardia Civil.

Clara Molina llegó poco después, cuando la neblina se empezaba a deshacer en los surcos y el sol, aún bajo, teñía de oro las faldas de

la Sierra Grande. Venía sola, como casi siempre, al volante del viejo todoterreno que llevaba desde que regresó al servicio rural. El coche avanzó despacio por el camino de tierra, levantando una nube de polvo que se deshacía enseguida en el aire tibio.

Llevaba el pelo recogido, la chaqueta del uniforme desabrochada y los ojos abiertos con esa mezcla de escepticismo y cansancio que solo se aprende con los años. Clara era de esas mujeres a las que la rutina no les hace temblar el pulso, pero sí la sonrisa.

Al bajar del vehículo, dejó que el aire fresco le rozara la piel y, por un instante, se sintió de nuevo niña: recordó las mañanas de su infancia, cuando acompañaba a su abuelo a dar de comer a las ovejas y escuchaba el mismo silencio denso que ahora la envolvía. El campo siempre le había parecido un lugar de verdades calladas.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó con voz serena.

El jornalero, aún pálido, alzó la mano desde un lado del barbecho, sin atreverse a acercarse más de lo debido. Clara asintió y se agachó junto al cadáver. La expresión de Ramón era neutra, casi serena, como si se hubiera tumbado a descansar. Ningún signo evidente de violencia. Pero algo en la escena no encajaba.

El tractor estaba en punto muerto, sin señal de vuelco ni atasco. Ninguna herramienta caída. Ningún rastro de lucha. Y, sin embargo, allí estaba Ramón, tendido sobre la tierra que tantas veces había arado, como si se hubiera bajado un momento y el alma se le hubiera escapado sin aviso.

Clara se incorporó despacio, barriendo el horizonte con la mirada. La tierra de secano se extendía hasta perderse de vista, surcada de almendros dispersos y parcelas desnudas que esperaban la próxima siembra. En la distancia, la Sierra Grande se alzaba con solemnidad antigua, con sus laderas grises, sus barrancos ocultos y las cicatrices de las rocas que el tiempo había abierto.

Un viento tibio agitaba la maleza y traía el aroma a tomillo y a romero. Una bandada de perdices levantó el vuelo en la linde, con un estrépito breve que enseguida se apagó. El campo recuperó su mutismo. Ese silencio tenía una fuerza áspera, como si lo tragara todo: gritos, secretos, culpas.

Poco a poco empezaron a llegar más vecinos. Los primeros, atraídos por la curiosidad, se quedaban a cierta distancia, cuchicheando entre ellos. El campo, tan abierto, no daba lugar a escondites: las miradas se cruzaban, las voces se entrecortaban. Había miedo, pero también morbo, de ese que siempre despierta la desgracia ajena.

—Dicen que le ha dado un infarto… —murmuró una mujer, tapándose los labios con el pañuelo.

—No, si a Ramón lo que le ha dado es un mal de ojo —respondió un anciano, escupiendo al suelo con gesto agrio.

Clara escuchaba en silencio. Sabía que esas palabras, aunque parecieran tonterías, eran pistas: los pueblos pequeños se defendían con rumores, y a veces en ellos se escondían unas verdades retorcidas.

El sargento Ortega, su compañero en el puesto, llegó al rato, con el rostro congestionado por la prisa. Saludó con un leve gesto y se colocó junto a Clara.

—¿Qué tenemos?

—Un hombre muerto en mitad de un campo y ninguna señal clara de por qué —respondió ella sin mirarlo—. El forense nos dará su opinión sobre cómo se produjo la muerte.

Ortega se frotó la barbilla. Era más joven que Clara, con un aire impulsivo que a veces lo llevaba a conclusiones rápidas. Ella, en cambio, prefería esperar, observar, dejar que las piezas se fueran colocando solas.

Mientras tanto, el jornalero seguía apartado, mirando sus botas manchadas de polvo, con la culpa colgándole de los hombros como si haber encontrado el cuerpo lo convirtiera en sospechoso. Clara se le acercó despacio, sin brusquedad.

—Hiciste bien en llamar —le dijo en voz baja—. Aquí nadie tiene la culpa de tropezar con la muerte.

El muchacho asintió, sin levantar los ojos.

Clara respiró hondo. Sabía que ese silencio no era inocente. Lo había aprendido a fuerza de casos enterrados bajo la costra de la rutina rural, de verdades que nadie quiere pronunciar en voz alta. En

los pueblos pequeños, la verdad rara vez es lo primero que sale a la luz.

Y mientras observaba el cuerpo tendido de Ramón Belmonte, Clara pensó: «Las raíces, como las mentiras, a veces se hunden más hondo que los huesos».

Capítulo 2 — Huellas en el polvo

Clara llegó al cortijo de Mateo Ramos al atardecer. La luz dorada envolvía los muros encalados y el polvo del camino se pegaba a las botas. El hombre estaba sentado bajo el emparrado, con un vaso de anís en la mano y una mirada tan seca como su finca.

—¿Molesto, Ramos?

Él negó despacio. «No, señora agente. Aquí no molesta nadie. La compañía ya es un lujo», dijo sin ironía, pero tampoco con entusiasmo.

Clara tomó asiento frente a él, sin quitarse las gafas de sol.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Ramón Belmonte?

Mateo se lo pensó un poco antes de responder, como si calibrara la memoria:

—Hace… una semana. Puede que más. Nos cruzamos en el camino. No nos detuvimos.

—¿Y antes de eso?

—Hace meses. Cuando discutimos por la linde.

Clara abrió la libreta.

—¿Qué tipo de discusión?

—La de siempre. Ramón decía que había movido yo el mojón. Yo le decía que era él el que invadía mi finca. Pero todo de palabra, jamás llegamos a las manos.

Ella lo miró en silencio.

—¿Y el día que murió?

Mateo entornó los ojos. «Yo no estaba aquí. Había bajado al pueblo a por pienso. Puede preguntar».

—Lo haremos.

Clara guardó un momento de silencio antes de mostrarle una foto en su móvil.

—¿Sabe usted qué hacía esta cuerda de rafia en la estaca de la linde?

Mateo se inclinó un poco. «Eso no es mío. Puede que del mismo Ramón. O de los chavales que a veces vienen a cazar conejos». Pero su voz tembló algo al decirlo, y Clara lo notó.

—¿Conocía bien a Ramón?

—Bien, lo justo. Era huraño. Pero trabajador, un hombre de campo de los de antes. Aunque últimamente estaba raro… más callado, más serio aún.

—¿Le comentó algo sobre su pasado? ¿Alguien con quien tuviera cuentas pendientes?

El hombre la miró con una mezcla de recelo y resignación. «Yo sé que Ramón venía arrastrando cosas. Pero nunca hablaba. Ni siquiera con su sobrina».

—¿Lucía?

—Esa. Aunque no la he visto desde que era una chiquilla. Él no hablaba de ella tampoco.

Clara cerró la libreta.

—Gracias, Ramos. Si recuerda algo más, ya sabe.

Se levantó y lo dejó allí, bajo la parra, removiendo el anís con un dedo.

En el camino de vuelta, Clara se desvió hacia el punto donde había visto a una mujer. Para su sorpresa, seguía allí. No como una aparición, sino como si la tierra la hubiese enraizado.

—Buenas tardes —saludó Clara, deteniéndose a unos pasos.

La mujer asintió levemente. Tenía el rostro curtido y sereno. Los ojos, sin embargo, brillaban como si supieran algo.

—Me llamo Clara Molina. Guardia Civil. ¿Puedo preguntarle su nombre?

—Dolores. Dolores García.

—¿Conocía usted a Ramón Belmonte?

—Sí. Lo conocía desde hace muchos años.

—¿Y tenía relación con él?

—No —dijo con brusquedad.

Clara la observó. La mujer no parecía querer huir de las preguntas, pero tampoco ofrecer respuestas completas.

—¿Qué vio el día que murió?

—Solo la tierra. Y una sombra que no era suya.

—¿Podría ser más precisa? —No. Pero volverá. Lo que se enterró mal, la tierra lo escupe.

Clara intuyó que esa mujer no decía todo, pero tampoco mentía. Había en ella una verdad envuelta en ceniza.

—¿Qué relación tenía con él? Dolores clavó la mirada en el suelo. —Yo estuve allí. En el 92. Cuando ardió todo. Ramón también.

Un silencio pesado cayó entre ambas.

—Entonces volveremos a hablar. —Lo sé. Usted escuche. La tierra se lo va a contar todo.

Capítulo 3 — La mujer que escucha lo que nadie dice

Clara Molina tiene treinta y siete años y es sargento de la Guardia Civil en el área de investigación rural. Tercera de cuatro hermanos, creció marcada por el traslado de su padre, guardia civil de la zona, a un pueblo cercano a Barcelona cuando ella tenía siete años. En Barcelona hizo la primaria y la secundaria, y más tarde estudió Criminología en la Universidad, un camino natural para alguien que desde niña aprendió a leer los gestos antes que las palabras. Admiraba la serenidad de su padre y la discreta fortaleza de su madre, enfermera de ambulatorio; de ambos heredó la convicción de servir, aunque eligió hacerlo a su manera: buscando la verdad que otros prefieren callar.

No llama la atención de inmediato. De estatura media y cuerpo fuerte, su cabello castaño oscuro suele ir recogido en una coleta baja, más por costumbre que por estética. Sus ojos, de un verde terroso, son su auténtica herramienta de trabajo: no observan, leen. Y rara vez se equivocan. Camina con paso firme, sin prisa, ejerciendo autoridad sin necesidad de imponerla. Su voz, serena y sin adornos, puede desmontar una mentira con la misma delicadeza con la que recoge una pista del suelo.

Para Clara, la tierra nunca es muda: solo requiere tiempo, silencio y presencia. Respeta a quienes la trabajan, pero desconfía de quienes la usan como un velo para ocultar lo que debería salir a la luz. Estas ideas las resume en frases que repite con frecuencia: «El silencio es cómodo, pero yo no vine aquí para estar cómoda». O: «La tierra habla, pero a veces lo hace para quienes no quieren escucharla».

Así es Clara Molina: la mujer que escucha lo que nadie dice.

Capítulo 4 — Ecos del fuego

Lucía Belmonte no recordaba la última vez que había pisado aquella tierra. Quizá hacía quince años. O más. El coche avanzaba despacio por la carretera secundaria, entre campos de cereal y almendros dormidos, mientras ella trataba de ordenar las emociones que se le amontonaban en el pecho. Ramón, su tío, había muerto. Su tío. El último vínculo con aquel lugar que juró no volver a pisar.

La llamada del gestor había sido breve y seca: «Es la única heredera. Conviene que venga cuanto antes». Carlos Elías, el mismo hombre que de niña la saludaba con dos besos y olor a tabaco, hablaba ahora como si todo fuera un trámite. Pero no lo era. No para ella. Porque Ramón no era un simple tío: era el guardián de un pasado del que nunca quiso hablar. Ni cuando ella preguntaba por su padre. Ni cuando, ya de mayor, indagaba sobre aquel incendio del que apenas quedaban rumores.

Aparcó junto al bar del pueblo y bajó del coche con una sensación de extrañeza. Nada parecía haber cambiado, salvo ella.

En el cuartel, Clara Molina hojeó una carpeta amarillenta. «Incendio en finca Belmonte - Año 1992. Un solo muerto. Causa del fuego: indeterminada». El informe técnico hablaba de combustión espontánea por restos vegetales y bidones antiguos. Pero una nota al margen llamaba la atención: «Testigo presencial: R. Belmonte. No comparece».

—¿Nunca declaró? —preguntó Clara en voz alta. El agente de guardia negó con la cabeza. —Ni en 1992 ni después. Fue citado, pero no se presentó. Al parecer hubo presión para no remover el tema. —¿Presión de quién? —Eso ya no está en el informe.

Clara cerró la carpeta. Había algo enterrado en ese incendio, algo más que un cuerpo. Y Dolores García, la mujer que hablaba con frases envueltas en tierra y sombra, lo sabía.

Carlos Elías la recibió con la misma cortesía que usaba en las juntas de la cooperativa. —Lucía, ¡cuánto tiempo! Lamento mucho lo de tu tío. —Gracias. Aún no lo he procesado. —Te entiendo. Ramón no era hombre de despedidas. Ni de preparativos. Pero dejó testamento. Breve. Te lo dejó todo. Lucía frunció el ceño. —¿Todo? —Finca, tractor, cuenta bancaria, una caja de seguridad… —¿Caja de seguridad? Carlos asintió. «De la caja rural. Nadie más tiene acceso. Puedes ir cuando quieras».

Lucía sintió un nudo en el estómago. Ramón, tan hermético, tan hosco, ¿qué podía haber guardado bajo llave?

—¿Y sobre mi padre…? —preguntó de pronto. Carlos la miró con incomodidad. «Lucía… ese tema siempre fue espinoso. Nunca quiso hablar de eso». —Pues ahora tendrá que hacerlo —murmuró ella, como si pudiera oírla.

Clara cerró el ordenador del archivo con una conclusión provisional. Había demasiados silencios, demasiados nombres repetidos: Ramón, Dolores, una caseta quemada, un muerto sin nombre. El incendio de 1992 no era un simple accidente. Y ahora Ramón aparecía muerto sin causa aparente.

Se levantó con el ceño fruncido. *Lo que se enterró mal, la tierra lo escupe*, había dicho Dolores. Clara estaba empezando a creer que tenía razón.

Capítulo 5 — La mujer que heredó el silencio

Lucía Belmonte tenía veintiocho años cuando recibió la noticia de la muerte de su tío Ramón. Hija única, criada junto a una madre marcada por una vida que la había tratado con dureza y por la ausencia de un padre del que apenas se hablaba en casa. De pequeña aprendió a no hacer muchas preguntas, porque en su casa las respuestas casi nunca llegaban.

Vivía en la ciudad, pero cada verano volvía al pueblo. Entre las casas encaladas y los campos de cereal reconocía un paisaje que sentía muy cercano, aunque era consciente de que no le pertenecía del todo. Allí, en la finca de Ramón, aprendió a distinguir el olor de la tierra mojada —el petricor—, el crujido de las almendras al partirse, el silencio espeso de las noches sin luz. Sabía que ese silencio guardaba secretos, aunque nunca imaginó hasta qué punto.

Lucía no destaca por su fuerza, sino por su obstinación. Su mirada, oscura y contenida, revela más dudas que certezas, pero también una resistencia tranquila. Cuando la tragedia la empujó de nuevo al pueblo, comprendió que la muerte de Ramón no era solo una pérdida familiar, sino también una oportunidad para buscar respuesta a las preguntas que habían marcado su vida.

En su interior ardía una búsqueda más íntima: la verdad sobre el padre al que nunca conoció. Creció con un vacío que nadie quiso llenar y ahora intuía que las tierras, los rumores y el fuego del 92 guardaban las respuestas que siempre le fueron negadas. Encontrar a Ramón muerto significó, para ella, enfrentarse no solo a un crimen, sino también a la sombra de su propia sangre.

Lucía no buscaba venganza ni justicia heroica: lo que quería era entender. Poner nombre a los silencios heredados. Llegar a la

verdad, aunque doliera. Quería encontrar un lugar donde apoyar su propia vida.

Así es Lucía: la mujer que aprendió que a veces la memoria pesa más que la sangre. Y que ningún silencio, por largo que sea, puede tapar para siempre la voz de un padre.

Capítulo 6 — Lo que el tiempo guarda

La caja estaba al fondo de una sala sin ventanas, custodiada por un hombre de gesto aburrido. El silencio allí era tan espeso que parecía de otro mundo. Las luces de neón zumbaban levemente, y cada sombra se alargaba como si quisiera proteger lo que descansaba tras las cerraduras.

Lucía firmó unos papeles y esperó a que giraran la llave maestra. —Número 47. Puede usar la mesa si desea revisar el contenido. Asintió y arrastró la caja metálica sobre la mesa. El roce del metal contra la madera sonó como un quejido. Por fuera, no decía nada. Por dentro, había un cuaderno de tapas negras, envuelto en una tela basta. Encima, una fotografía vieja: una familia en blanco y negro frente a una casa de campo. Reconoció a su madre de joven, al fondo. Y a Ramón, más delgado y sin arrugas. Había un tercer hombre. Lucía no sabía quién era, pero algo en su rostro le resultó extrañamente familiar. Una sombra de recuerdo se agitó en su memoria: un olor a tabaco fuerte, unos pasos pesados en la casa vieja cuando era niña. *No sé si lo viví o lo soñé.*

Abrió el cuaderno. La primera página decía, con letra temblorosa: «Si estás leyendo esto, es porque ya no estoy. Me lo llevé todo conmigo. O eso creí. Pero lo que no se dice no se va. Lucía, quizá tú puedas perdonarme. O entender lo que yo nunca supe explicar».

Las manos de Lucía temblaban. Pasó las hojas con cuidado, como si cada línea pudiera quebrarse. Allí estaban anotadas fechas, lugares, pensamientos inconexos y nombres. Muchos nombres. Algunos tachados con violencia, otros con signos de interrogación al lado. En los márgenes, aparecían dibujos: una llave, una cruz torcida, lo que parecía un círculo rodeado de llamas.

Al llegar al 1992, un párrafo aislado le heló la sangre: «La primera chispa no fue casual». Debajo, en un trazo más débil: «Si algún día alguien abre esto, que busque en la sierra, donde los almendros ya no florecen».

Lucía contuvo la respiración. En la página siguiente, la frase que le detuvo el corazón: «El fuego empezó en la caseta. Yo lo vi. Pero no fui el único. Dolores también. Y alguien más».

Cerró el cuaderno con un golpe sordo. La tela que lo envolvía olía a humo seco, como si hubiera guardado durante años un incendio en silencio.

Clara se encontró a Dolores García sentada en el mismo banco, como si no se hubiera movido en días. La mujer miraba al horizonte, inmóvil, con un pañuelo apretado en las manos. —¿Vuelve a por más preguntas? —dijo sin apartar la vista. —Y a por menos evasivas. Dolores sonrió sin alegría. «La tierra no siempre suelta las palabras fácilmente».

Clara se sentó a su lado. —He leído el informe del 92. Usted figura en él. Ramón también. No hablaron. ¿Por qué? Dolores entrecerró los ojos, como quien recuerda algo que duele. «Porque nos dijeron que no habláramos. Que era mejor así. Que ya había bastante con un muerto». —¿Quién se lo dijo? La mujer dudó. Movió el pañuelo entre los dedos, lo retorció. «Gente. Hombres con traje y con poder». —¿Quién era el muerto? La voz de Dolores se quebró apenas. «Un hombre que no estaba en el pueblo oficialmente. Nadie lo conocía por su nombre real». —¿Y qué hacía allí? «Buscar algo. O a alguien».

Dolores se levantó con lentitud, como si llevara un peso en los huesos. Dio dos pasos, se detuvo y añadió en un susurro: «Se lo dije: lo que se enterró mal, la tierra lo escupe. Ramón intentó callarlo con los años. Pero la tierra no olvida. Ni el fuego». —¿Qué relación tenía usted con él? La mirada de Dolores se perdió en el horizonte. «Yo quise salvarlo. Y quizá me equivoqué».

No dijo más. Se alejó por el sendero polvoriento, dejando tras de sí el eco de una verdad aún oculta, como una semilla esperando germinar.

Esa noche, Clara garabateó en su libreta una lista de nombres. La tinta se emborronaba bajo la presión de su mano. Al final escribió un título provisional: «Caso Belmonte — Muerte del 92». No pudo dormir. Afuera, el viento golpeaba las contraventanas, como si alguien llamara.

Mientras tanto, en la casa vieja, Lucía leía en voz alta las últimas líneas del cuaderno. A cada palabra, las paredes parecían crujir, como si la casa misma escuchara. Por primera vez, sintió que su padre, de quien nadie hablaba, había estado muy cerca del fuego. Un chasquido seco en la chimenea la hizo alzar la vista. El olor a humo volvió a impregnar la estancia. No era imaginación: *la tierra no olvida.*

Capítulo 7 — El cuaderno del tío

Lucía no durmió. La casa olía a polvo y a desuso, pero sobre todo a recuerdos. Encendió la lámpara del salón, apartó una colcha vieja del sillón y se sentó con el cuaderno sobre las rodillas, como si sostuviera algo sagrado o peligroso. Las primeras páginas hablaban del campo: siembras, lluvias tardías, almendros que florecen aunque nadie los mire. Ramón escribía sin estilo, con frases breves, casi informes. Poco a poco, la voz cambiaba. Aparecían notas dirigidas a alguien. A ella: «Lucía, tu madre se fue joven. No supe qué decirte entonces. Yo tampoco sabía nada. Solo lo que vi. Y lo que callé». Luego vinieron los fragmentos rotos, los nombres tachados, las iniciales. Un nombre se repetía, envuelto en confusión: R. G. Lucía sintió que esas letras palpitaban. «Él vino preguntando por la verdad. Pero nadie quería que la verdad saliera. El fuego fue la forma más rápida de borrar. O eso creyeron. Yo lo vi. Pero ya era tarde». En otra hoja, con letra más temblorosa aún: «Tu padre no murió como dicen. Tampoco vivió como debía. Él… era distinto. Y por eso lo querían fuera». Lucía leyó esa frase una y otra vez. «¿Mi padre? ¿R. G.? ¿Un hombre de fuera, ajeno a esta tierra?». Cerró el cuaderno un instante. Afuera, el viento agitaba las ramas del almendro del patio. Todo parecía igual, pero nada lo era. Allí, en ese mismo salón, su infancia se había marchado sin despedida. Su madre muerta, su padre convertido en silencio. Y su tío, hosco y distante, le hablaba ahora más que nunca desde las páginas escondidas. Siguió leyendo hasta el amanecer. En las últimas hojas, Ramón escribía como quien sabe que el tiempo se acaba: «Si llegas hasta aquí, haz lo que yo no hice. Pregunta. Busca. Mira donde

nadie quiere mirar. El fuego no mata la verdad. Solo la esconde por un rato».

Lucía cerró el cuaderno.

Tenía frío por dentro. Algo se había roto. O despertado. Fue a la cocina, se sirvió agua y miró por la ventana: la tierra seguía ahí, quieta. Pero ella ya no era la misma. «Me quedo. Busco. No me iré sin respuestas».

Capítulo 8 — Encuentro en el bar

Clara Molina llegó a media mañana al bar del pueblo. No por hambre, sino por costumbre. Pedía un café solo, lo bebía en silencio y miraba por la ventana, como si el campo fuera a confesar algo con solo observarlo lo suficiente. A esas horas, los parroquianos de siempre jugaban al dominó o doblaban el periódico como si fueran a guardarlo en el bolsillo. El aire olía a serrín húmedo y a café recalentado.

Ella ya era parte del paisaje: siempre en la misma mesa, con el mismo gesto, como una piedra que nadie se atreve a mover.

La vio entrar antes de que se abriera del todo la puerta: una mujer de ciudad, sin duda. El abrigo demasiado oscuro para el sol de agosto, el cabello recogido con pulcritud, los zapatos que aún no habían pisado el polvo del campo. Tenía casi su edad, quizá un par de años menos, y ese andar de quien no quiere parecer perdida, aunque lo esté. Lucía Belmonte. El apellido bastó para cargar la sala de un silencio distinto.

Pidió un café con leche, voz baja pero firme, y se sentó en la mesa de al lado. Durante unos segundos, cada una se refugió en su taza. Pero los silencios también llaman.

—¿Clara Molina?

—Sí.

—Soy Lucía Belmonte.

Clara alzó la vista, calibrándola.

—Lo siento por su tío.

—Gracias. No he venido solo por el entierro.

—Lo imagino.

Lucía colocó un cuaderno de tapas negras sobre la mesa, como quien deja un arma entre dos. No lo abrió. Lo dejó reposar con todo su peso.

—Esto lo escribió Ramón. Lo encontré en una caja de seguridad. Habla del incendio del 92. De un hombre que no debía estar aquí. De una muerte mal contada.

Los ojos de Clara se encendieron.

—Ayer volví a abrir el informe del 92 —dijo tras una pausa—. Su tío estaba citado como testigo y nunca compareció. Hay un fallecido sin nombre claro. Y hay más: una mujer, Dolores García, también estuvo allí. Lucía asintió lentamente.

—Ramón la menciona. Dice que vio el fuego. Y algo más. «El que no debía estar allí», escribe. Me pregunto si hablaba de mi padre.

Clara la miró con cautela y respeto. Le sorprendía la serenidad contenida de Lucía: no lloraba ni temblaba; se mantenía erguida, como si hubiese aprendido a sostenerse sola. —Podría ser. O alguien más. Si lo escribió, es porque pesaba. Y si pesa, es que no está resuelto.

Lucía abrió el cuaderno por una página marcada y lo giró hacia Clara. La letra era irregular, como escrita bajo fiebre: «R.G. no vino por mí. Vino por ella. Pero acabó atrapado. El fuego no lo mató. Lo mató el miedo.» Lucía susurró, temiendo pronunciarlo:

—¿Cree que eso significa que lo asesinaron?

Clara no respondió de inmediato. Miró por la ventana, donde el campo ardía bajo el sol. «Te voy a escuchar», parecía decirle la tierra.

—No lo sé todavía. Pero lo voy a averiguar.

—Yo también.

Entonces se miraron de verdad. En los ojos oscuros de Lucía, Clara vio fragilidad y rabia contenida. Lucía percibió en la investigadora un cansancio antiguo, el de quien carga secretos ajenos. No eran aliadas aún, pero compartían un vínculo silencioso: la necesidad de conocer la verdad.

Clara dejó unas monedas sobre la mesa.

—Voy a visitar a Dolores otra vez. ¿Le parece si viene conmigo?

Lucía no dudó.

—Sí. Vamos.

Salieron juntas, dejando dos cafés fríos y una historia que, por fin, empezaba a abrirse. En el último instante, Lucía recogió el cuaderno: sabía que lo no dicho podía cambiarlo todo.

Capítulo 9 — Por las veredas

La tarde estaba clara, limpia, con ese resplandor que la sierra guarda en los días sin polvo ni nubes. Clara caminaba despacio por las veredas, como quien entra en un territorio secreto. Las sendas se abrían entre matorrales y tomillos que, al rozarlos, desprendían un olor antiguo, áspero y dulce a la vez.

Comentaba para sí —a ratos en voz baja— que aquellas sendas eran un mapa de la memoria: surcos abiertos por generaciones de pasos, jornaleros que iban y venían de la faena, pastores que conocían cada piedra como a un hermano, mujeres que subían con cántaros y bajaban con cestos. *Lo que parece silencio es murmullo*, pensaba, escuchando el zumbido de los insectos, el crujido de una rama bajo la bota, el ladrido lejano de un perro. *Aquí todo habla, pero sin palabras.*

Se detenía a mirar la sierra, cercana e inmensa, como un animal dormido que guardara secretos bajo su piel de piedra.

Al coronar un repecho, algo llamó su atención: medio cubierto por hojas secas y polvo, un trozo de tela gris asomaba entre unas piedras. Se agachó. Tenía restos de tierra fresca; el tejido recordaba al de un viejo pantalón de jornalero. Un hallazgo mínimo, suficiente para encender la sospecha: alguien había estado allí, y la sierra guardó su secreto.

Analizó la senda serpenteante entre encinas. Las huellas eran casi invisibles, pero para sus ojos entrenados hablaban de pasos recientes, de alguien que conocía el terreno y sabía moverse sin ser visto. La sierra no era solo paisaje: era escenario y testigo.

Respiró hondo. Romero, tierra, un hilo de humedad que venía del barranco. Anotó mentalmente la disposición de las rocas, la dirección

de la pendiente, la caída de las sombras. «Todo puede ser una pista». Se incorporó y siguió la vereda. Aquello solo era el primer indicio de lo que la sierra estaba dispuesta a revelar.

Capítulo 10 — La carta bajo la losa

La casa de Ramón tenía grietas nuevas y polvo antiguo. Después del encuentro con Clara, Lucía regresó sola. Necesitaba pensar, o quizá dejar de pensar, y escuchar lo que el silencio tenía que decir.

Entró en el dormitorio que había evitado. Todo estaba como si Ramón fuera a volver: la cama sin hacer, una camisa en el respaldo de la silla, el reloj de cuerda clavado en las diez y cuarto. Revisó cajones con cuidado: nada. Al abrir el armario, un sobre cayó entre las camisas. No llevaba nombre. Solo unas palabras a lápiz en la solapa: «Si algún día vuelve».

Lucía se quedó quieta. No sabía si se refería a ella o a él. Abrió el sobre con las manos frías. Dentro, una hoja doblada y reseca. La letra de su madre, sin duda: redonda, cuidada, inconfundible pese a los años. Leyó despacio:

«Lucía, hija mía:

No sé si llegarás a leer esto. Tal vez nunca vuelvas a esta casa. Tal vez yo ya no esté cuando lo hagas. Pero si alguna vez sientes que algo no encaja, que hay un hueco donde debería haber un padre, quiero que sepas la verdad, o al menos una parte.

Tu padre se llamaba Rubén. No era de aquí. Llegó buscando trabajo, pero también escapando de algo que nunca terminó de contarme. Nos conocimos por casualidad. Nos entendimos de inmediato. Nadie lo aceptó: ni mi familia, ni la gente del pueblo, ni siquiera Ramón.

Cuando me quedé embarazada, quisimos irnos. Antes de lograrlo, alguien avisó a quienes lo buscaban. Lo acorralaron

una noche en la caseta. Ramón lo supo. No lo ayudó, pero tampoco lo delató. Solo lo vio arder sin poder moverse.

La versión oficial fue un accidente. A mí me dijeron que era mejor callar: por tu bien y por el mío. Me prometieron que te cuidarían, que no te faltaría nada. Pero me arrancaron el alma.

Perdóname por el silencio. A veces, el miedo se disfraza de protección.

Te quiere, mamá».

Lucía terminó de leer con los ojos ardiendo. Permaneció mucho rato en el suelo, con la carta en las manos y el corazón desbordado. Ahora podía estar segura: «Rubén existió. Me quiso. Y quizá murió por eso».

Ramón había vivido entre la culpa y la cobardía. Su madre, entre el dolor y la obediencia. Solo ella, Lucía, quedaba para nombrar lo silenciado. Se levantó, guardó la carta dentro del cuaderno negro, como quien guarda una semilla. *No basta con saber.* Había que sacarlo a la luz.

Capítulo 11 — La finca de los Gutiérrez

La finca de los Gutiérrez se extendía como un reino en mitad de la Sierra Grande, ocupando ramblas, barrancos y lomas hasta casi tocar la autovía. Desde lejos, una mancha continua de almendros, olivares y cereal, tan vasta que costaba creer que tuviera un solo apellido.

En el pueblo todos conocían la historia: los padres, ya fallecidos, dejaron la herencia sin repartir, en manos del hijo que los cuidó en la vejez. Los demás hermanos, desposeídos, tuvieron que aceptar aquella voluntad. El reparto desigual sembró rencores y convirtió a los Gutiérrez en una familia peculiar: cinco hermanos unidos por la sangre, separados por la tierra.

Esa herida antigua marcaba la mirada ajena. Cuando cruzaban la plaza, las conversaciones se cortaban, las miradas se torcían, los comentarios brotaban:

—Ahí van los de la Sierra —decía alguien, con ironía.

—Que Dios nos libre de tratar con ellos —respondía otro, bajando la voz.

No eran queridos. Su carácter hosco y sus disputas internas alimentaban la desconfianza. Pesaba sobre ellos un rumor que no se apagaba: el incendio del 92. Se decía que, como mínimo, uno de los hermanos había tenido un papel importante. Hubo quien juró ver a Miguel, el segundo, rondando con una garrafa de gasolina. Otros aseguraban que Andrés, el mayor, soltó un día, en un arrebato contra un colindante: «Aquí no queremos a los que vienen a quitarnos el trabajo».

Desde aquel verano, el apellido Gutiérrez quedó asociado a la desconfianza. Aunque la finca siguió creciendo, trabajada con la

obstinación de siempre, para los vecinos no dejó de ser tierra marcada.

Cada hermano arrastraba su fama:

Andrés, el mayor, controlaba las cuentas con mano dura.

Miguel, de carácter violento, se enorgullecía de sus ideas xenófobas y las defendía en cualquier sitio. Era el más nombrado cuando aparecía el incendio.

Cecilia, la única mujer, vivía discreta; se decía que sabía demasiado y callaba aún más.

Mateo y Rafael, los menores, eran los más sociables, pero su simpatía no borraba sospechas.

Unían fuerzas para defender la finca, y peleaban a puerta cerrada. En el bar, el runrún no cesaba:

—Si alguien sabe lo que pasó en el 92, son ellos.

—El problema es que ninguno va a abrir la boca.

El fuego se apagó hace más de treinta años, pero en la memoria aún ardía. Para Clara Molina, que ahora observaba a esa familia con ojos de investigadora, el rumor valía tanto como cualquier huella en la tierra.

Capítulo 12 — Lo que quedó entre los surcos

El cortijo de los Gutiérrez seguía en pie como un animal viejo y silencioso. Clara llegó a media tarde, con el sol golpeando los muros encalados y los campos abiertos como un mar de tierra seca. Tocó la campana oxidada de la entrada. Tardaron en salir.

Fue Andrés Gutiérrez quien abrió la puerta. Llevaba una camisa suelta y las botas llenas de polvo. Era un hombre de campo, huesudo, con mirada astuta. Al verla, no se sorprendió.

—¿Algún problema?

—Solo algunas preguntas sobre una noche vieja. Año 1992. ¿Recuerda un incendio en una caseta cercana?

Andrés apretó los labios.

—Vagamente. Fue hace muchos años.

—Usted y sus hermanos estaban aquí entonces. ¿No vieron nada?

—Estábamos durmiendo. Nos enteramos al amanecer. Ramón vino a avisar. Dijimos lo que sabíamos.

Clara ladeó la cabeza.

—¿Qué sabían, exactamente?

—Que había humo. Y que había muerto un hombre. No sabíamos quién era. Nadie lo conocía.

Clara sacó su libreta, aunque no escribía aún.

—¿Y no les extrañó que un forastero muriera a metros de su finca?

Andrés se encogió de hombros.

—Aquí viene y va mucha gente. Gente buscando trabajo, o huyendo de algo. Uno no pregunta demasiado.

—¿Recuerda si su hermano Miguel tenía trato con Ramón Belmonte?

Andrés dudó.

—Trato… lo justo. Somos vecinos. Nos respetamos. Pero Ramón era raro. Callado. No se metía con nadie, pero tampoco confiaba en nadie.

—¿Y usted?

—¿Yo qué?

—¿Confiaba en él?

Andrés la miró. Se pasó una mano por la barba incipiente.

—Creo que Ramón vio más de lo que dijo. Pero también sé que calló por miedo. Igual que muchos.

—¿Miedo a qué?

—A los de arriba. A los que vinieron a poner orden y no querían escándalos. Ramón tenía una deuda en la cooperativa. Le insinuaron que no convendría remover el rescoldo.

—¿Quién se lo insinuó?

—Carlos Elías —respondió sin pensarlo, y luego se mordió el labio, como si hubiera dicho demasiado.

Clara alzó una ceja.

—¿Carlos Elías? ¿El gestor?

Andrés no respondió. Solo miró al horizonte, donde el campo se curvaba bajo el cielo. —Mire, señora agente. En este pueblo todos nos conocemos. Y todos sabemos hasta dónde conviene hablar. Ramón no era un santo, pero no merecía morir así. Y ese incendio no fue un accidente. Lo sabemos todos. Lo sabíamos entonces. Pero nos callamos.

—¿Por qué?

—Porque aquí el que se sale del surco, lo entierran en él.

Clara guardó la libreta.

—Gracias, Gutiérrez. Si recuerda algo más…

—No se preocupe. Si lo recuerdo, no se lo diré.

Y se dio la vuelta sin despedirse.

Clara se quedó allí un momento, sola frente al cortijo. El viento movía los brotes de los almendros como si fueran dedos agitados en un gesto de advertencia. Carlos Elías. El nombre volvía a aparecer.

Y esta vez, no como un simple intermediario, sino como alguien que, quizás, había movido hilos para apagar el fuego… a su manera.

Capítulo 13 — Entre firmas y silencios

Lucía pasó la mañana revolviendo papeles en la casa.

No sabía muy bien qué buscaba, pero intuía que entre los cajones, archivadores polvorientos y carpetas sin fecha podía haber respuestas. Ramón, aunque tosco, no era descuidado. Guardaba todo. Cada recibo, cada contrato de compraventa, cada papel con membrete oficial.

Extendió los documentos sobre la mesa del comedor. Separó los que tenían que ver con la finca de los que pertenecían a la cooperativa agrícola. Allí, entre informes de riego y notas de abono, encontró una hoja amarillenta y grapada por la esquina. Tenía fecha de agosto de 1992. El título, en mayúsculas, decía: «Informe de daño por siniestro - Parcela 17. Zona sur».

Lo leyó con atención. Describía el incendio en términos técnicos. Afectación leve al cultivo, estructura anexa calcinada. Pero lo que la hizo detenerse fue una nota manuscrita al margen, en letra que no era de Ramón: «No mencionar al trabajador no registrado. El parte será devuelto si incluye esa mención. CE».

Lucía sintió que el corazón le daba un vuelco. CE. Carlos Elías. El mismo que la había llamado al enterarse de la muerte de su tío. El gestor. El hombre que lo sabía todo sin levantar la voz.

Buscó más. En una carpeta azul había copias de pagos atrasados, solicitudes de crédito, y un documento sellado con urgencia: Convenio de cancelación de deuda — Cooperativa San Miguel, firmado en noviembre de 1992. Ramón saldaba un préstamo de forma inesperada… justo tres meses después del incendio.

«¿Cómo lo pagó… si apenas salía del campo?», murmuró Lucía.

Las firmas aparecían al pie. Ramón Belmonte. Carlos Elías, como interventor. Y las iniciales de otro nombre que no reconocía: «M. G.».

Tomó fotos con su móvil. Separó esos documentos y los guardó en una carpeta. Ya no cabía duda. El fuego no solo borró una vida. Sirvió para negociar silencio. Ramón había recibido algo a cambio. Y alguien se encargó de asegurarse de que nadie preguntara por aquel trabajador sin contrato.

Rubén.

Su padre.

Lucía cerró los ojos y respiró hondo. Sintió que algo se movía dentro, una mezcla de rabia, tristeza y determinación. Se levantó, cruzó la cocina y miró por la ventana.

La sierra seguía en pie.

Los surcos de la tierra parecían dormidos. Pero ella sabía que debajo algo ardía.

Y no iba a dejar que lo apagaran.

Capítulo 14 — La verdad no firmada

La oficina de Carlos Elías estaba en la planta alta de la antigua Cámara Agraria, un edificio de piedra encalada con balcones de forja que miraban al pueblo desde lo alto. Desde hacía años, él ocupaba esa silla de respaldo alto y madera barnizada, desde donde, con más poder del que tenía cualquier político local, había firmado documentos, deshecho hipotecas y, según muchos, tejido favores.

Clara y Lucía subieron la escalera en silencio. Cada una llevaba una copia de los documentos que ahora unían sus historias: el informe tachado, el préstamo saldado de forma sospechosa, las iniciales en tinta negra.

Carlos las recibió de pie, sonriente, como quien se sabe por encima del ruido.

—Señoras. Qué honor verlas juntas. ¿Les ofrezco café?

—No venimos a tomar café —dijo Clara, sin rodeos.

Lucía se adelantó. Puso los documentos sobre la mesa.

—¿Reconoce esto?

Carlos hojeó con calma. Ni una ceja se movió.

—Documentación antigua. Ramón era meticuloso. Lo guardaba todo.

—Aquí dice que alguien impidió que se mencionara a un trabajador no registrado en el parte del incendio. Alguien con las iniciales C. E.

Carlos sonrió con una lentitud medida.

—¿Insinúan que soy yo?

Clara cruzó los brazos.

—No lo insinuamos. Lo sabemos. Y usted lo sabe.

Carlos se sentó. Su gesto apenas cambió.

—Miren… En 1992 todo era distinto. No había control digital. La gente necesitaba salir adelante. Ramón tenía deudas. Ese hombre… el que murió… no estaba en los papeles. No había contrato. Habría sido un escándalo. Para todos.

—¿Cuál era su nombre? —preguntó Lucía, tensa.

Carlos la miró, más serio ahora.

—¿Eso importa?

—Era mi padre —dijo ella, firme.

Silencio.

Carlos bajó la mirada por primera vez. Luego suspiró.

—Se llamaba Rubén Gallego. Nadie sabía mucho de él. Ramón me pidió ayuda para que no saliera a la luz. Por ti, dijo. Por la niña.

Lucía sintió un golpe en el pecho.

—¿Y usted lo encubrió?

Carlos la miró, sin cinismo.

—Encubrí muchas cosas, Lucía. Algunas por miedo. Otras porque me lo pidieron personas a las que respetaba. Ramón no era mala gente. Pero se equivocó. Como todos.

—¿Quién más estaba implicado? —preguntó Clara.

Carlos titubeó. Luego se incorporó lentamente y fue hasta un archivador. Sacó una carpeta sin nombre.

—No puedo entregársela oficialmente. Pero si se olvidan un momento de que están aquí, pueden mirarla.

La puso sobre la mesa y salió del despacho sin cerrar la puerta.

Lucía la abrió. Dentro había una copia del informe original del incendio. En él sí se mencionaba a Rubén Gallego, trabajador eventual. Testigo presencial: Dolores García. Observaciones: «Incendio provocado con líquido acelerante. Posibles terceros implicados».

Clara y Lucía se miraron.

El fuego no había sido un accidente. Y el silencio había sido pactado.

Carlos volvió al cabo de unos minutos, con las manos en los bolsillos.

—No me pidan más. Pero si siguen tirando del hilo, no lo hagan solas. Aquí la tierra aprieta cuando se mueve demasiado.

Clara asintió.

—No se preocupe. Ya estamos acostumbradas a la presión.

Salieron sin más palabras. El sol las cegó unos segundos al bajar las escaleras. Lucía cerró la carpeta con fuerza. Clara anotaba mentalmente cada gesto.

Rubén tenía apellido.

Ahora solo faltaba descubrir quién lo apagó con fuego.

Capítulo 15 — La testigo de las cenizas

Dolores García abrió la puerta con el gesto cansado de quien esperaba no volver a verlas. El delantal colgaba flojo sobre su cintura, y el silencio que rodeaba su casa parecía aún más espeso que la última vez.

—¿Otra vez? —dijo, sin rodeos.

Clara no sonrió. Lucía, tras ella, tampoco.

—Necesitamos que nos cuente la verdad, señora García. Y esta vez no nos vamos sin ella.

Dolores frunció el ceño, pero se apartó para dejarlas pasar.

El interior de la casa estaba más oscuro que en su anterior visita. Las cortinas apenas dejaban entrar la luz, como si también ellas quisieran proteger algo. Clara colocó una carpeta sobre la mesa sin esperar a que nadie ofreciera nada.

—Sabemos lo del incendio. Sabemos que hubo un hombre que murió allí. Rubén Gallego. Sabemos que usted estaba presente. Y que su testimonio fue retirado del informe.

Dolores bajó la mirada.

—Yo ya hablé con ustedes…

Clara abrió la carpeta. Le mostró una copia del informe original. El nombre de Rubén, su condición de trabajador eventual. Y, al final, en letra casi perdida, su propio nombre: «Testigo presencial: Dolores García».

—No puede seguir fingiendo que no recuerda —dijo Clara—. Ya no se trata solo de usted. Lucía merece saber quién fue su padre y por qué murió.

Dolores alzó los ojos.

Los posó en Lucía, que seguía de pie, apretando la carpeta contra su pecho, sin hablar.

—Yo no sabía que era su padre», dijo por fin, con la voz baja. «Me lo dijeron después. Cuando ya todo había pasado. Me pidieron que no dijera nada. Que sería peor para la niña. Para todos.

—¿Quién se lo pidió? —insistió Clara.

Dolores tragó saliva.

—Carlos Elías… Y Ramón. Yo trabajaba en la casa de Ramón, limpiando. Aquel día… hubo una discusión. Rubén estaba furioso. Le gritaba a Ramón que no podía seguir así, que tenía derecho a algo más. No sé a qué se refería. Pero Ramón estaba nervioso. Me mandaron afuera.

—¿Y luego?

—Vi el humo. Corrí. El fuego ya estaba dentro. Todo fue muy rápido.

—¿El fuego empezó solo? —preguntó Clara, clavándole la mirada.

Dolores dudó. Un segundo. Dos.

—Olía a gasolina. Eso no fue un accidente.

Lucía apretó los labios. Clara mantuvo la voz firme.

—¿Vio a alguien más ese día, cerca de la caseta?

Dolores tardó más en responder. El aire parecía haberse espesado.

—Miguel Gutiérrez pasó por allí esa mañana. Dijo que venía a hablar con Ramón, que era cosa de lindes. Pero no se quedó mucho. No sé si discutieron. Solo sé que después del incendio, dejaron de hablarse durante meses.

Clara anotó mentalmente cada palabra. La pieza que faltaba ya tenía nombre.

—¿Lo vio entrar en la caseta?

—No. Pero lo vi apartarse del camino que va directo hacia allí. Y eso fue antes del humo.

Clara asintió. Se levantó despacio.

—Gracias, señora García. Esta vez sí nos ha dicho algo útil.

Dolores la miró, sin orgullo ni alivio.

—Yo solo quería que todo terminara. Pero el silencio no termina nunca, ¿verdad?

Lucía habló por fin. Su voz era un hilo firme:

—No. Solo cambia de forma.

Salieron sin más. Al cruzar el umbral, la luz del mediodía las golpeó como un acto de justicia. Clara respiró hondo. Lucía caminó unos pasos más y se detuvo a mirar el horizonte seco.

—Mi padre tenía nombre. Y ahora tiene una historia.

Clara respondió sin girarse:

—Y aún nos falta saber quién se la arrebató.

Lucía asintió. La tierra seguía callada.

Capítulo 16 — La verdad a veces se deja encontrar

La tarde caía despacio, con la misma pereza con la que Clara sentía que avanzaban sus pensamientos. Había dejado el coche en el borde del camino, donde el polvo rojizo del secano parecía dormir sin esperar nada. Caminó sin prisa hacia la casa de Lucía. No había plan ni orden del día, solo una necesidad que había empezado a brotar sin nombre: conversar.

Lucía estaba en el porche, con las piernas cruzadas sobre la silla de mimbre. Tenía un libro abierto en el regazo, pero no lo leía. Al ver a Clara, solo asintió, como si ya supiera que vendría.

—¿Quieres algo? —preguntó—. Solo un poco de sombra —respondió Clara.

Se sentó junto a ella. El silencio duró varios minutos. No era incómodo. Era tierra seca entre las palabras. Y, como la tierra, podía guardar semillas.

—He soñado con él —dijo Lucía al fin—.

—¿Con tu tío?

—No. Con el otro. Con el del incendio.

Clara giró lentamente la cabeza. El aire se tensó un poco, pero Lucía seguía mirando hacia el horizonte, donde la sierra se teñía de naranja.

—No tenía cara —continuó—. Pero en el sueño, yo sabía que era él. Estaba de espaldas. Se alejaba entre el trigo. No me decía nada. Solo caminaba.

—¿Y tú? ¿Le seguías?

—No. Me quedaba quieta. Me daba miedo que se volviera.

Clara bajó la mirada. No era psicóloga, pero entendía el lenguaje de las heridas.

—A veces no seguimos a los muertos porque tememos lo que traen. Pero también hay muertos que piden ser reconocidos.

Lucía suspiró.

—¿Tú qué harías?

—Lo que estás haciendo. No mirar del todo, pero no cerrar los ojos.

Volvieron a callar. Un pájaro cruzó el cielo, solo uno, como si volara en señal de tregua.

—¿Tú por qué eres guardia civil? —preguntó Lucía, sin mirarla.

Clara tardó en responder.

—Porque no supe proteger a alguien a quien quería. Tenía quince años. Desde entonces, todo ha sido una forma de redención, supongo.

Lucía tragó saliva.

—¿Y si ahora no puedes protegerme a mí?

Clara la miró, por fin.

—No tengo todas las respuestas, Lucía. Pero no estás sola. Y eso, es importante cuando se busca la verdad.

Una ráfaga de viento levantó polvo en la carretera. Lucía se levantó y entró en la casa. Al volver, traía en la mano un sobre.

—Lo encontré entre las cosas de Ramón. Nunca me atreví a abrirlo.

—¿Puedo?

—Claro. Por eso estás aquí.

Clara rompió el borde del sobre. Dentro, había una foto en blanco y negro. Dos hombres en un campo recién arado. Uno era Ramón, joven, con la camisa remangada. El otro… Clara no lo conocía, pero algo en la postura, en el gesto, en los ojos medio entornados, parecía coincidir con la descripción que había oído de Rubén Gallego.

Detrás de la foto, una sola frase escrita a lápiz: «No todos los padres se eligen, pero algunos se encuentran».

Clara alzó los ojos. Lucía ya no miraba el horizonte. La miraba a ella. Y por primera vez, entre las dos, la tierra pareció hablar.

Capítulo 17 — Las lindes del pasado

El camino hacia la finca de los Gutiérrez era de tierra compacta, bordeado por almendros secos y muros de piedra que parecían levantados a mano, uno a uno, como todo en ese lugar. Clara condujo el todoterreno sin prisa. El sol caía de lado, y el aire olía a polvo caliente y tomillo viejo.

Andrés la vio llegar desde lejos. Estaba junto a un remolque, organizando sacos con la parsimonia del que conoce el tiempo de la tierra. No se acercó. Esperó.

Cuando Clara bajó del coche, él ya se había limpiado las manos con un trapo áspero. «Guardia. ¿Qué se le ofrece por aquí?»

Clara no sonrió.

—Necesito tener una conversación con Miguel. Mejor si es sin testigos.

Andrés alzó una ceja, pero no discutió. La condujo hasta un porche cubierto con cañas secas.

—Espere que ahora le aviso.

Miguel sacó una silla vieja y se sentó con las piernas abiertas, como marcando territorio.

—Usted dirá.

Clara lo estudió un segundo. Tenía las manos curtidas, la piel surcada por el sol. Pero los ojos eran los de alguien que no olvida.

—Hemos vuelto a revisar el caso del incendio del noventa y dos. El de la caseta de Ramón Belmonte.

Miguel dejó de mirar al horizonte. No dijo nada.

—Sabemos que murió un hombre allí. Rubén Gallego. Y que su nombre fue eliminado del informe. También sabemos que usted estuvo por la zona ese día.

Miguel apretó los labios. Luego soltó una risa seca, sin alegría.

—Treinta años después y siguen removiendo mierda. Qué cosas.

—¿Lo conocía? —preguntó Clara, directa.

—¿A quién? ¿A ese tal Gallego?

—A Rubén. Trabajaba con Ramón. Y murió en un incendio que pudo no ser un accidente.

Miguel se levantó despacio. Fue hasta una mesa de trabajo, se encendió un cigarro y no volvió a sentarse.

—No era asunto mío. Lo que pasaba en esa finca, que lo arreglara Ramón. Bastante tenía yo con lo mío.

—¿Discutió con él ese día? —insistió Clara.

Miguel exhaló humo hacia el campo.

—Le pregunté por una linde. Él estaba nervioso. Me mandó a paseo. No volví a pisar su tierra.

—Pero pasó por el camino que lleva directo a la caseta —añadió Clara, observando su reacción.

Miguel apenas giró el rostro. El cigarro temblaba levemente entre sus dedos.

—Sí. ¿Y qué?

—Que alguien prendió fuego con gasolina. Que alguien calló durante años. Y que ahora el silencio está cediendo.

—¿Y me viene a decir que cree que fui yo? —escupió Miguel, alzando la voz por primera vez.

Clara se mantuvo firme. No buscaba una confesión. Buscaba la grieta. «Creo que sabe más de lo que ha dicho. Y que, si no fue usted, sabe quién fue. Ramón ya no puede hablar. Carlos Elías ha empezado a hacerlo. Y Dolores García también.»

Miguel apagó el cigarro contra la piedra con fuerza.

—Dolores debería haber cerrado la boca hace años.

—Pues la ha abierto. Y ha dicho su nombre.

Un silencio denso se instaló entre los dos. Solo se oía el chirrido de un grillo escondido bajo las cañas.

—Márchese, guardia. Si tiene algo contra mí, denúncielo. Y si no, no vuelva por aquí con esas insinuaciones.

Clara no se movió al instante. Lo miró de frente.

—Lo haré. Pero no espere que esto quede aquí. Cuando la tierra habla, lo hace con raíces. Y las suyas están cerca de las de Ramón.

Se giró y caminó hacia el coche sin esperar respuesta. Miguel no la siguió. Pero cuando arrancó, Clara lo vio por el retrovisor: de pie, con el rostro endurecido, mirando cómo el polvo se levantaba tras ella.

Algo había tocado fondo, y las lindes que él tanto defendía ya no separaban solo tierras. Separaban el pasado de la verdad.

Capítulo 18 — Un informe sin sellar

El cuartel olía a café recalentado y papeles húmedos. Clara cruzó el pasillo sin saludar a nadie, con la carpeta bajo el brazo y los nervios apretando el estómago como un cinturón mal cerrado. Tocó dos veces en la puerta de la oficina del teniente Salcedo. Una voz grave, sin levantar el tono, respondió desde dentro:

—Pase.

El despacho era austero, con una bandera en la esquina, un mapa comarcal colgado y dos archivadores grises con etiquetas despegadas. Detrás del escritorio, el teniente Salcedo —cincuenta y muchos, mandíbula dura y mirada de acero fatigado— la observó con gesto neutro.

—Molina. ¿Qué se le ha perdido por aquí a estas horas?

—Una verdad. O varias —respondió Clara, cerrando la puerta tras de sí.

Salcedo la miró de arriba abajo. Clara tenía barro en las botas y polvo en el dobladillo del pantalón. La carpeta que llevaba parecía más pesada que de costumbre.

—Siéntese —dijo, señalando la silla sin cordialidad ni distancia.

Clara se sentó. Abrió la carpeta y extendió el primer documento sobre la mesa.

—Esto es el informe original del incendio de mil novecientos noventa y dos en la finca de Ramón Belmonte. Incluye un nombre que fue eliminado en la versión oficial: Rubén Gallego, trabajador eventual. Murió en el fuego. Hay testigos, documentos y una foto que confirma su presencia allí.

Salcedo cogió el papel. No lo leyó al instante. Lo sostuvo como si pudiera quemarle las manos.

—¿De dónde ha sacado esto?

—De quien no debía dármelo. Pero que ya no puede seguir callando. Carlos Elías, gestor rural. Implicado en el encubrimiento. Dolores García, testigo presencial. Su testimonio fue silenciado. Y Mateo Ramos, vecino colindante, presente en la finca el día del incendio.

Salcedo levantó la mirada.

—¿Sabe lo que está diciendo?

—Sí. Que se encubrió una muerte. Que hay responsabilidad compartida. Y que Ramón Belmonte no fue solo víctima. Ni fue el único que calló.

El teniente dejó el informe en la mesa, con los dedos tensos.

—¿Y qué pretende ahora? ¿Abrir un caso cerrado hace treinta años? ¿Con testimonios sin acta, pruebas sin registro y una carpeta sin sello?

—Pretendo que conste. Que se sepa. Que la Guardia Civil no mira hacia otro lado cuando la tierra escupe lo que enterraron.

Salcedo no respondió al momento. Se levantó. Caminó hasta la ventana. Afuera, el sol se había puesto, y el último reflejo dorado tocaba los tejados del pueblo.

—¿Por qué ahora, Molina? ¿Por qué usted?

Clara dudó un segundo. Luego habló con voz firme, pero no fría.

—Porque alguien vino a buscar respuestas. Y yo no supe decirle que no. Porque me cansé de mirar partes de accidentes que nunca se cerraban bien. Y porque hay cosas que, aunque no puedan juzgarse, merecen ser contadas.

El teniente asintió lentamente. No se giró.

—Le van a llover piedras. Lo sabe, ¿no?

—Ya me han caído algunas. No voy a parar ahora.

Capítulo 19 — La voz de las mujeres

Clara Molina llevaba días reuniendo papeles, testimonios de hombres, informes de la Guardia Civil. Todo parecía incompleto, como si a la historia le faltara algo.

Una tarde decidió no subir a la Sierra ni volver al archivo. Se sentó en la plaza del pueblo, en un banco frente a la iglesia, y esperó.

Fue entonces cuando vio a Carmen, una mujer de rostro ancho y manos ásperas, que la miraba como si la midiera de lejos. Clara se presentó con cuidado, acostumbrada ya a los silencios desconfiados de la gente.

—Usted busca verdades —dijo Carmen—. Pero las verdades no están en los papeles. Están aquí —y se tocó el pecho—, guardadas por las que nunca hablamos.

Pronto se unieron otras: Dolores la viuda, María la joven que emigró a los invernaderos, y Encarnación, la mayor de todas. Se formó un corro en torno a Clara, como si la reconocieran no como forastera, sino como alguien que estaba dispuesta a escuchar.

Hablaron primero de la vida dura, de los hijos que se fueron, de los maridos muertos en la tierra o en el bar. Después, sin que Clara lo pidiera, salió lo que llevaba tiempo rondándole en el archivo: el incendio del noventa y dos.

Dolores fue la primera en romper el silencio:

—Aquella noche no ardió solo el monte. También ardieron las promesas. Se habló de ayudas, de jornales que nunca llegaron. Y algunas cosas se taparon, ¿sabe? Cosas que nosotras vimos desde las ventanas.

María bajó la voz:

—Hubo hombres que entraron y salieron de la finca esa madrugada. No eran jornaleros. Ni guardas. Nosotras los vimos. Pero nadie nos preguntó. Nadie pregunta nunca a las mujeres.

Encarnación se persignó antes de añadir:

—Yo sé quién encendió la lumbre. Y sé a quién le convenía.

Pero me fui a la cama con la boca cerrada. Porque en este pueblo, quien habla, tiene las de perder.

Clara sintió un escalofrío. No era solo la memoria del trabajo invisible, sino un testimonio que podía cambiar el rumbo de su investigación. Entendió que detrás del silencio de la tierra había otro silencio más profundo: el de aquellas mujeres que habían callado durante décadas.

Capítulo 20 — Susurros en el bar

El bar del pueblo estaba medio vacío, como siempre a media tarde. Solo se escuchaba el tintineo de vasos y el murmullo de voces que hablaban en tono bajo, como si la pared misma pudiera escuchar. Clara Molina entró con cuidado, sintiendo la mirada de los hombres que levantaban la cabeza un instante, luego volvían a sus conversaciones.

Se acercó a la barra y pidió un café solo. Mientras esperaba, escuchó fragmentos de historias que flotaban en el aire.

Un hombre mayor, con voz temblorosa, murmuró: —Dicen que aquella noche del 92 no fue solo fuego de monte…

Otro lo interrumpió con un gesto: —Bah, historias de taberna. Ya sabes cómo se exagera.

Un tercero, más joven, carraspeó y habló casi en susurro, con un tono que buscaba justificarse:

—A veces no queda más remedio. Cuando la gente no aprende por las buenas, el fuego enseña. Y también purifica. Quita lo viejo para que brote lo nuevo.

Clara tomó nota mentalmente. Cada palabra parecía una pista envuelta en una mentira. Los hombres mezclaban datos ciertos con rumores para despistar, pero las inconsistencias eran visibles para alguien que buscaba la verdad.

En una esquina, un jornalero que había trabajado en la finca hacía señas con la cabeza, como recordando algo que no debía decir en voz alta. La tensión en la sala era palpable: miradas rápidas, silencios largos, y cada frase comenzaba con «dicen que» o «alguien vio…». Nadie quería comprometerse.

Clara recordó entonces las palabras de Carmen: «El silencio que guardamos no es solo nuestro». La conexión entre lo que veía y lo que las mujeres habían insinuado comenzó a dibujarse. Ellas habían sido testigos de algo, algo que los hombres disfrazaban con bromas y medias verdades.

La tierra habla, pero no siempre con su propia boca. A veces se esconde en la lengua gastada de los viejos del bar, que recuerdan incendios como quien recuerda una tormenta: sin fecha exacta, pero con cicatrices.

—El fuego no lo trae el viento solo —dijo uno, con la copa en la mano—. También lo trae la ambición.

La tierra habla en la mujer que barre la calle cada mañana. Sus escobazos levantan polvo y memoria.

—Aquí jugaban los niños, ¿se acuerdan? —murmura sin mirar a nadie—. Se fueron, como se va el agua por las rendijas.

La tierra habla en el jornalero cansado, que ya no encuentra tajo ni jornal.

—El campo se muere conmigo —dice, mientras acaricia un azadón que apenas usa—. Y los que mandan callan más fuerte que yo.

La tierra habla en la viuda que abre cartas amarillentas y nunca contesta.

—De Alemania me mandaba marcos, y de Francia francos —susurra—. Pero de aquí nunca me devolvieron a mi hijo. Solo noticias malas llegan siempre puntuales.

La tierra habla en el silencio de las casas cerradas, en las persianas bajadas que tiemblan cuando sopla el levante. En los caminos donde nadie pasa ya. En los pozos secos donde el eco guarda secretos.

Todos hablan. Pero no hablan de frente. Hablan como la sierra: con rodeos, con pausas, con huecos. Hablan como la brasa que no se ve, pero quema.

Y Clara escucha. Y Lucía escucha. Y ambas saben que no son solo personas las que cuentan: es la tierra misma, empujándolas hacia un lugar, hacia un nombre, hacia el almendro viejo donde la verdad aguarda bajo ceniza y raíz.

Antes de irse, Clara observó un pequeño detalle: un papel arrugado que sobresalía de debajo de la barra. Lo recogió con cuidado. Era un recorte de periódico antiguo, con un titular apenas legible sobre la investigación oficial del incendio. Algo estaba mal en la versión que había leído antes: fechas que no coincidían, nombres omitidos, párrafos tachados.

Al salir del bar, el aire frío le golpeó la cara. Entre la plaza y la sierra, sabía que cada rumor, cada susurro, era un hilo que podía llevarla a la verdad. Pero aún no era momento de tirar de todos los hilos: las mujeres guardaban la parte más importante, y Clara debía respetar su silencio hasta estar lista para entenderlo.

El misterio del 92 permanecía intacto, y con él, el eco de secretos que nadie se atrevía a pronunciar en voz alta.

Capítulo 21 — El hilo invisible

Clara volvió a la plaza al caer la tarde. Las sombras largas de los almendros se mezclaban con los tejados antiguos, y el silencio parecía más denso que nunca. Carmen estaba allí, apoyada en la pared de la iglesia, con Dolores, María y Encarnación cerca, como un pequeño coro que esperaba a ser escuchado.

«Señora Molina», dijo Carmen con voz firme, «no tenemos que contarlo todo. Solo lo que podamos sin romper la vida de nadie».

Clara asintió. Sabía que el hilo invisible de la verdad estaba allí, pero que debía seguirlo despacio.

Las mujeres comenzaron a hablar, pero no en orden, no en frases completas. Sus palabras eran fragmentos, recuerdos sueltos que se entrelazaban con miradas y silencios: «… esa noche…. olor a humo…», «… luces que no eran de linternas…», «… pasos por detrás de la casa…», «… y el perro que no ladró…».

Cada frase incompleta abría un mundo de posibilidades. Clara tomaba notas sin interrumpir, comprendiendo que cada mujer tenía una pieza del rompecabezas, pero que solo juntas podrían revelar algo coherente.

Dolores bajó la voz:

—Vimos cosas que no debíamos. Y aun así, nadie preguntó. Nadie nos escuchó… hasta usted.

María agregó, mirando a la sierra:

—La tierra recuerda más que nosotros. Cada rama rota, cada piedra quemada… allí se escondió la verdad.

Encarnación suspiró y se persignó:

—Hemos guardado silencio demasiado tiempo. Pero que sepa… no todo se puede decir todavía.

Carmen la miró fijamente:

—Usted siga investigando, Clara. Busque en los papeles, en las huellas, en los restos. Lo que hemos visto nosotras es solo un mapa en sombras. Si seguimos hablando, quizá sea demasiado pronto».

Clara cerró su cuaderno y respiró hondo. Entendió que las voces femeninas no solo humanizaban la historia: eran la clave de algo más grande, un secreto que había permanecido intacto por décadas.

Al marcharse, el murmullo de las mujeres quedó flotando en la plaza, entre los tejados y los almendros. No era la verdad completa, pero sí un hilo que podía seguirse, un eco de lo que nadie se atrevía a pronunciar. El misterio del 92 no había sido resuelto, pero Clara sabía que estaba más cerca que nunca de comprenderlo.

Capítulo 22 — Donde ardió el nombre

Lucía llegó sola.

Clara le había ofrecido acompañarla, pero algo dentro le dijo que era un paso que debía dar con sus propios pies. Aparcó el coche al borde del sendero y caminó entre el matorral seco y los surcos olvidados. El sol del mediodía era un peso más en la espalda, pero no apuró el paso.

La caseta seguía allí. O lo que quedaba de ella.

El tiempo no había reconstruido nada: muros ahumados, la estructura apenas en pie, las paredes abiertas como heridas mal cerradas. En el suelo, piedras negras, fragmentos de lo que fueron tejas y un marco de ventana sin cristal. El silencio no era total: se oía el zumbido lejano de insectos, el quejido de una rama al moverse con el viento.

Lucía se detuvo a unos metros. Por un instante, pensó en volver atrás. Pero ya no se podía.

Avanzó. Se sentó sobre una piedra ancha, donde aún se adivinaba el círculo ennegrecido del fuego. Cerró los ojos. No esperaba ver nada. Pero sí recordar.

No un recuerdo propio. Uno que le había sido negado.

Pensó en Rubén Gallego. En ese nombre que había flotado durante años sin rostro ni historia. En su madre, que nunca había hablado de él. En Ramón, que tal vez intentó protegerla a su modo, pero también eligió mentir. Pensó en lo que podía haber sido, si alguien hubiera dicho la verdad.

—Este fue tu lugar final —dijo en voz baja—. Pero no fue el único.

Sacó del bolso la foto que Clara le había mostrado: los dos hombres en el campo. Ramón sonreía a medias. El otro, más joven,

miraba a la cámara con una mezcla de desafío y tristeza. No sabía si era Rubén. No importaba. A veces el gesto basta.

Lucía se inclinó y colocó la foto sobre una piedra. Luego, sin saber por qué, tomó un puñado de tierra quemada y lo dejó caer suavemente encima.

—No sé si fuiste un buen hombre. Pero fuiste alguien. Y eso basta para no olvidar.

El viento cambió de dirección. Un remolino de polvo y hojas secas cruzó la caseta sin levantar ruido. Lucía sintió un escalofrío que no venía del frío.

Se levantó con lentitud. Dio un último vistazo a los muros ahumados, a las ruinas del silencio.

Al alejarse, no lloró. No ese día. Pero algo en su interior hizo un clic sordo, como si por fin el eco de una pregunta hubiera encontrado respuesta.

El pasado seguía roto. Pero ya no era invisible.

Y en la tierra negra de esa caseta, Lucía dejó algo suyo. Y también recogió algo que era suyo desde siempre: el derecho a saber.

Capítulo 23 — La caja de cerillas

El bar del pueblo bullía con su costumbre de tarde. Hombres de brazos cruzados en las puertas, vasos de tubo a medio vaciar y una radio vieja que desgranaba noticias como si le costara. Clara se sentó en la mesa del fondo, como solía hacer cuando quería escuchar sin ser escuchada.

Lucía llegó diez minutos después. Traía el gesto sereno, pero los ojos cargaban algo más que cansancio.

—¿Estás bien? —preguntó Clara, bajando la voz.

Lucía asintió con una lentitud medida.

—Esta mañana, alguien había tirado una caja de cerillas delante de la puerta de mi casa. Abierta. Todas quemadas menos una.

Clara no respondió de inmediato. Observó a Lucía. Luego la caja que ella sacó del bolso y dejó sobre la mesa. Era pequeña, de las antiguas, con una imagen desvaída de una virgen en la portada. La única cerilla sin usar parecía colocada a propósito.

—¿Lo ha visto alguien más? —preguntó Clara.

—Mi vecina. Dice que no estaba anoche.

Clara se recostó. Miró alrededor. Nadie parecía mirarles, pero todos parecían atentos.

—Es un aviso. Alguien quiere que sepas que sabe.

Lucía no bajó la mirada.

—No tengo miedo. Pero no quiero que esto se convierta en otra historia que se calla por precaución.

Clara asintió.

—Lo que arde no siempre es fuego. A veces es miedo. Y el miedo es contagioso.

Un camarero pasó cerca. Dejó dos cafés sin decir palabra. Clara notó que no era el de siempre. Le miró las manos: firmes, cuidadas, sin temblor. Lucía, en cambio, apenas levantó la vista.

—¿Qué más ha pasado? —preguntó Clara en voz baja.

Lucía dudó.

—En la caseta… había huellas recientes. Alguien ha estado allí después de mí. Las marcas no eran mías. Vi pisadas sobre la tierra quemada. Y no estaban cuando llegué.

Clara tensó los labios. Algo se movía. Y no solo en el pasado.

—No estás sola. Y si alguien quiere apagar esta historia, tendrá que mirar muy bien por dónde pisa.

Lucía cogió la cerilla intacta. La giró entre los dedos. Luego la metió de nuevo en la caja y cerró la tapa con cuidado.

—A veces me pregunto si todo esto merece la pena.

—Sí —respondió Clara—. Porque alguien ha empezado a moverse. Y cuando el miedo reacciona, es que estamos cerca de algo.

Se levantaron. Dejaron el dinero sobre la mesa. Al salir, Lucía giró la vista hacia el otro extremo del bar. Había un hombre solo, de espaldas, con un sombrero oscuro. No lo reconoció. Pero algo en su postura era demasiado estático.

En la calle, el aire olía a campo viejo. Clara miró el cielo, sin nubes, y pensó: cuando no hay sombras arriba, es que todas están abajo.

Capítulo 24 — Huellas sin nombre

La tierra alrededor de la caseta seguía siendo ceniza, pero Clara la observaba como si leyera un mapa. Se agachó sin tocar nada. Las pisadas seguían allí: no muchas, pero suficientes para saber que alguien había estado después de Lucía. Un calzado grande, suela gruesa, pasos firmes. Alguien que no temía hundirse en lo quemado.

Sacó su móvil, hizo varias fotos desde distintos ángulos y luego caminó en espiral hacia fuera, como siguiendo un rastro invisible. A los pocos metros, las marcas desaparecían entre el matorral. Quien fuera, había tenido cuidado de no dejarse seguir demasiado.

De vuelta al coche, revisó las imágenes en la pantalla. Una de las huellas tenía una muesca irregular en la parte trasera. Podía ser una piedra, un desgaste… o una pista.

Ya en el cuartel, subió las fotos al sistema. No había base de datos local para pisadas, pero las clasificó como parte de una investigación paralela. No adjuntó nombres. Solo la ubicación, la hora y una etiqueta: «Presencia no autorizada en escena archivada».

Esa noche, volvió al bar. No iba con intención de beber, ni de hablar. Solo quería mirar.

El hombre del sombrero no estaba.

Pero el camarero sí. El nuevo. Clara pidió un café y esperó unos minutos antes de llamarlo con un gesto.

—El otro día, el hombre del sombrero. ¿Lo conoce?

El camarero negó, secamente.

—Forastero. Vino solo. Pidió anís seco y no habló con nadie.

—¿Sabe si ha vuelto?

—Hoy no.

Clara asintió.

Dejó propina, pero no agradeció. Al salir, marcó un número desde el móvil.

—Ramírez, soy yo. Necesito una cosa.

La voz al otro lado contestó con desgana:

—Diga.

—Búscame si ha pasado alguien nuevo estos días por la zona. Alguien con antecedentes, o que haya preguntado por Lucía Belmonte, o por Ramón. Revisa cámaras si puedes. Y si encuentras algo raro, me lo dices. Personalmente.

—¿Qué estamos buscando?

Clara miró el horizonte desde la acera.

—Alguien que camina sin querer ser seguido. Pero que quiere que sepamos que está.

Colgó sin más.

De noche, pasó por casa de Lucía. No llamó. Solo miró desde el coche. Las luces estaban apagadas, pero la silueta del porche dibujaba la figura de alguien sentado. Tal vez ella. Tal vez alguien más.

Al volver a su casa, Clara se sintió rara al encender la luz del salón. Revisó ventanas, cerraduras. Todo parecía normal. Demasiado normal.

Y en la mesa, junto a las llaves que ella misma había dejado esa mañana, una cerilla quemada.

Una sola.

No se encendió ninguna alarma. No había rastro de entrada forzada. Nada había sido robado ni movido.

Solo aquella cerilla.

Clara no la tocó. Se sentó frente a ella.

Y entendió que la investigación ya no solo olía a tierra y fuego. Ahora olía a amenaza.

Capítulo 25 — El rostro del pasado

El buzón metálico de Clara chirrió como siempre al abrirlo, pero esa mañana el sonido le pareció más seco. Dentro, aparte de publicidad local y una carta del banco, había un sobre sin remitente, cerrado con pegamento. Liso. Blanco. Sin marcas visibles.

Lo abrió allí mismo, junto al coche, con las llaves aún en la otra mano.

Dentro, una sola fotografía.

Blanco y negro. Papel rugoso. Desgastada en los bordes. Mostraba a cinco hombres en el campo. Estaban de pie, junto a un tractor viejo, en un paisaje que Clara reconoció de inmediato: la linde de la finca de Ramón, antes de la cosecha. Ninguno sonreía. Algunos llevaban gorras. Uno fumaba.

El primero por la izquierda era, sin duda, Ramón Belmonte. Mucho más joven. El segundo… se le parecía a Andrés Gutiérrez, pero era más alto y con barba.

Pero fue el tercero el que la dejó sin aire.

No lo conocía. Y, sin embargo… sí.

Miró el rostro durante largos segundos. El ángulo, los ojos, incluso el mentón: era Lucía. O alguien que se le parecía demasiado. El mismo gesto pensativo. La misma sombra de duda en la mirada.

Era un hombre, claramente. Pero con rasgos que gritaban herencia.

Dio la vuelta a la foto. En el reverso, escrito con una letra firme y antigua, una sola palabra: «Padre».

Clara subió al coche sin pensar. Cerró de golpe. No arrancó.

Se quedó allí, con la fotografía entre las manos, sintiendo cómo se quebraba una capa más del silencio que rodeaba el caso.

Aquello no era una pista policial. Era un mensaje.

Quien la había dejado no solo sabía quién era Lucía. Sabía lo que ella no sabía. Sabía lo que la estaba matando por dentro.

Y había decidido dárselo así: como una bofetada a primera hora del día.

Sacó el móvil, hizo una foto al frente y al reverso. Envió ambas a Ramírez, sin comentario alguno. Solo un mensaje: «Necesito saber quiénes son los cinco. Ya. Y de dónde puede haber salido esta copia.»

Después, respiró hondo, cerró los ojos. Pensó en Lucía. En cómo se lo iba a contar. Y en lo que significaría para ella saber que alguien más estaba reconstruyendo su historia antes que ella misma.

Esa noche, Clara no volvió a su casa. Durmió en el coche. Frente a la caseta. La fotografía guardada en la guantera. Y una linterna encendida en el asiento del copiloto, como una defensa inútil contra la oscuridad.

Capítulo 26 — Ceniza y sangre

La mañana era gris. El cielo, bajo. El campo, quieto.

Lucía llegó sola, en silencio. Clara la esperaba junto a la caseta, de pie, con la chaqueta bien cerrada y la fotografía guardada en una carpeta de plástico. No habían hablado desde la noche del té. Solo un mensaje críptico de Clara: «Ven. A la caseta. Te tengo que enseñar algo.»

No hubo abrazos. Solo un gesto de cabeza y una mirada larga.

Entraron. El interior seguía negro, frío. Había restos de hollín en las paredes, aunque el suelo había sido barrido hacía poco. Una silla rota, un saco viejo de pienso y la ventana rota por la que alguna vez entró el humo.

Clara sacó la carpeta. La abrió. Y le tendió la fotografía a Lucía. No dijo nada.

Lucía la cogió. Tardó en mirar. Primero observó el papel, la textura, los bordes. Luego, por fin, alzó los ojos hacia los rostros.

Lo primero que hizo fue señalar a Ramón.

—Y este… también lo vi en las fotos de la Guardia Civil.

Y entonces, se quedó inmóvil.

Sus ojos se detuvieron en el tercero. Clara no la interrumpió.

Lucía tragó saliva.

—No puede ser.

—¿Qué ves? —preguntó Clara, suave.

—Me veo a mí. Pero no soy yo. No soy yo…

Clara bajó un poco la voz.

—En el reverso hay una palabra.

Lucía dio la vuelta. Leyó: «Padre».

Le temblaron las manos. Se sentó en la silla rota, como si necesitara que el suelo la sujetara. Miró la foto una y otra vez.

—¿Cómo? ¿Quién tenía esto? ¿Quién lo mandó?

—No lo sé. Aún. Pero alguien lo dejó en mi buzón esta mañana. Sin remitente.

—¿Y crees que… que es cierto?

Clara se agachó a su lado.

—Lucía, yo no puedo confirmarlo. Pero si esa persona se parece tanto a ti, si estaba junto a Ramón en una imagen tan antigua… no es un montaje. Y el mensaje no es falso. Alguien quiere que lo sepas. O que lo temas.

Lucía cerró los ojos. Apoyó la frente en las manos.

—Mi madre… nunca quiso hablar del pasado. Siempre decía que el campo se lo había tragado todo. Que lo que se quema no se reconstruye.

Levantó la cabeza, con los ojos húmedos pero secos de rabia.

—Quiero saber quién lo mató. Quiero saber su nombre. Y por qué lo hizo. Ya no me da miedo. Me da asco no saber. Me da rabia que alguien tenga mis respuestas y las suelte como migas en el suelo.

—Entonces busquémoslo —dijo Clara.

—Sí —susurró Lucía.

Se quedaron un rato más, en silencio, entre las cenizas del pasado.

Antes de irse, Lucía se detuvo en la puerta. Miró al horizonte, donde el campo dormía.

—¿Crees que podría estar vivo?

Clara no respondió.

Capítulo 27 — «El Guti»

Ramírez cerró la carpeta con un golpe seco.

Llevaba horas encerrado en la pequeña sala de archivos del cuartel provincial, rodeado de polvo, café frío y un eco persistente de nombres que no terminaban de encajar. La foto que Clara le había enviado esa mañana ocupaba el centro de su mesa: tres hombres. Uno de ellos, Rubén Gallego. Otro, Ramón Belmonte. El tercero, el rostro sin nombre.

Había algo en ese tercero que le resultaba familiar. No por lo físico, sino por la energía de la foto. Por el modo en que estaba ligeramente apartado, como si ya entonces supiera que un día sería borrado.

Ramírez revisó por enésima vez los expedientes del 92. El incendio. Las declaraciones. Los partes policiales. Nada. Nadie con ese rostro. Ningún informe con coincidencias claras. Pero en un informe auxiliar, apenas una línea garabateada al margen en letra vieja, halló algo: «Ver si el Guti tiene algo que ver. Ya estuvo rondando por la zona antes.

El Guti.

Ramírez lo subrayó con un lápiz y salió directo al pasillo. Caminó hasta la sala de veteranos, donde algunos agentes jubilados aún pasaban las tardes organizando documentos antiguos o resolviendo sudokus con aire de superioridad.

—¿Alguien recuerda a un tal «Guti»? Podría haber estado activo o metido en líos por esta zona a principios de los 90. Zona norte de Almería, límite con Granada. Incendio sin resolver.

Un murmullo indiferente. Pero entonces, alguien levantó la vista: el subteniente Herrera, retirado hacía ya doce años, pero con una

memoria que daba miedo.

—¿Miguel? ¿Miguel «el Guti»? —preguntó, como si hablara de un recuerdo escondido en la niebla—. Lo conozco. Es uno de los hermanos Gutiérrez. De joven era un personaje muy especial. No se llevaba bien con el resto de los hermanos. Un tiempo trabajó en la finca de los Elías. De capataz, o algo así. Luego se compró una furgoneta azul, de esas viejas con los laterales abollados. Siempre iba con el mismo jersey. Era… escurridizo. Iba de cortijo en cortijo, haciendo chapuzas. No sabías nunca si te iba a arreglar una bomba de agua o si te estaba mirando la cerradura. Los que lo conocían decían que era peligroso, que por dinero era capaz de cualquier cosa.

—¿Y estaba vinculado al incendio?

Herrera se encogió de hombros.

—Estaba por allí. Antes y después. Nadie lo acusó, pero… desapareció en cuanto las cosas se torcieron. Algunos decían que tenía cuentas pendientes. Otros, que había visto algo.

Ramírez quedó en silencio. Después:

—¿Los apellidos?

—Miguel Gutiérrez, pero el segundo apellido no lo sé. «El Guti», le decían. Y cuidado con él: sabía cuándo marcharse. Como si tuviera un reloj para el peligro. Algunos decían que hacía trabajos para Carlos Elías, trabajos de dudosa legalidad.

Ramírez anotó el nombre con pulso firme. Horas después, en su despacho, con la persiana bajada y el flexo encendido, encontró una mención más: un testigo no localizado del incendio de 1992. Nombre: «Miguel G.». Y una línea final: «No se pudo localizar. Posible fuga».

Era él.

Marcó el número de Clara.

Tardó en responder, pero lo hizo. Voz seca.

—Clara Molina.

—Soy yo. Creo que tengo un nombre para tu fantasma —dijo Ramírez—. Miguel. Miguel «el Guti». Estuvo allí en el incendio. Y luego… se desvaneció.

Clara respondió, no con alivio, sino con algo más hondo:

—Entonces es hora de sacarlo de las sombras.

Capítulo 28 — Lo que no se dice

La casa olía a lo de siempre: al café del desayuno, a jabón de Marsella, a tierra húmeda. Pero para Lucía, todo parecía distinto. Como si cada olor ocultara otra capa, como si las paredes supieran más de lo que decían.

Se sentó a la mesa de la cocina. Frente a ella, la foto que había encontrado. Tres figuras mal recortadas por la luz, una sonrisa quebrada en el centro y, a la derecha, un hombre que parecía mirarla todavía. Al lado de la foto, la carta. El sobre amarillento tenía el nombre de Lucía escrito con la letra menuda y apretada de su madre.

Rompió el papel con cuidado.

«Hija mía:

Si estás leyendo esto es porque ya no estoy. Nunca supe cómo contártelo en vida. Nunca tuve el valor. Y sé que me reprocharás que me escudara en el silencio. Pero era lo único que sabía hacer para protegerte.»

Lucía tragó saliva. Leyó despacio, como si las palabras quemaran.

«Ese hombre de la foto… el de la derecha… se llamaba Rubén Gallego. Todos le decían el Rubio. Fue mi primera esperanza y también mi mayor miedo. No supo nunca si yo estaba embarazada. Desapareció cuando el incendio, y nadie volvió a verlo por aquí.»

El corazón de Lucía latía con violencia.

«Cuando Ramón volvió de la mili y empezó a ayudarme, me pidió que no hablara. Que aquí, en el pueblo, una mujer sola

con un hijo sin padre no tendría perdón. Y lo acepté. Pensé que callar era lo mejor. Que lo único que debía importarme eras tú.»

Lucía apretó la carta contra la mesa.

«Me equivoqué. Ahora lo sé. El silencio también es una forma de herida. Pero no nació de la maldad, sino del miedo. Tú eras mi razón, y a veces pensé que con eso bastaría. Que no necesitabas más que a mí.»

Lucía cerró los ojos. Le temblaban las manos, pero no lloraba.

«Si algún día decides buscarlo, hazlo. No tengo nada que decir para impedirlo. Yo solo quería que crecieras sin la sombra de los juicios, sin que te marcaran antes de tiempo. Perdóname si en lugar de protegerte, te robé una verdad que merecías.»

La carta terminaba con apenas tres palabras torcidas, como escritas con prisa: «Tu madre siempre.»

Lucía dobló el papel con cuidado y volvió a mirar la foto. Se levantó despacio, guardó ambas cosas en su bolso y caminó hacia la puerta.

Antes de salir, miró por última vez la cocina: la mesa, las almendras sin pelar en un cuenco, el aire denso de recuerdos.

—El silencio se acabó —murmuró.

Y salió, dejando la casa sumida en la quietud.

Capítulo 29 — Lo que queda en pie

El bar estaba casi vacío. Solo el sonido lento de una cuchara removiendo un vaso de cristal y la radio encendida con voz baja, como si tampoco ella quisiera molestar.

Clara y Lucía ocupaban la mesa del fondo, junto a la ventana. Afuera, el cielo empezaba a despejarse, y algunas aves dibujaban círculos sobre los campos recién arados.

Lucía tenía las manos entrelazadas sobre la taza. No la había tocado.

—No sé qué esperaba —dijo al fin—. Quizá un abrazo. Quizá que se negara. Que gritara «No es cierto». Pero no lo hizo. Solo se desinfló. Como si llevara años esperando que yo llegara con la pregunta exacta.

Clara asintió sin prisa.

—A veces la verdad no estalla. Solo se desploma. Y nos deja recogiendo pedazos que ni sabíamos que existían.

Lucía sonrió con amargura.

—Ahora todo tiene sentido. Lo que callaba.

Lo que evitaba. Las veces que me miraba como si no supiera si estaba orgullosa o asustada. Como si yo fuera un secreto con patas.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

Lucía tardó en responder:

—Libre, en parte. Pero también vacía. Es raro… toda la vida quise saber quién era mi padre. Y ahora que sé un nombre, una cara, ni siquiera estoy segura de quererlo. Solo quiero entender por qué se fue. Por qué no volvió. Si alguna vez pensó en mí.

Clara se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Puede que buscar a Rubén te dé algunas respuestas. Pero también puede que no las tenga. O que no las recuerde como tú necesitas. A veces… lo importante no es lo que descubrimos, sino cómo sobrevivimos a la búsqueda.

Lucía bajó la mirada.

—¿Tú has buscado alguna vez algo que sabías que podía hacerte daño?

Clara dudó. Luego dijo:

—Sí. Y lo encontré. Pero aprendí que el dolor, cuando se mira de frente, no es tan poderoso como el silencio. El silencio se mete dentro. El dolor, al menos, sangra. Se puede lavar.

Lucía inspiró hondo.

—¿Y tú crees… que alguien como él puede redimirse? ¿Después de tantos años? ¿De haber estado allí, en ese incendio?

—No lo sé, Lucía. Pero lo que sé es que, si no le das voz a tu historia, alguien más lo hará. Y será peor.

Un rayo de sol atravesó la ventana y dibujó una línea dorada en la mesa.

Lucía alzó la mirada y dejó que ese haz de luz la alcanzara.

—Entonces vamos a buscarlo.

Clara asintió, sin palabras.

Lucía miró por la ventana.

—Que diga lo que tenga que decir. Aunque duela. Aunque no sea lo que quiero. Estoy lista.

Fuera, el campo parecía despertar otra vez. Las heridas del pasado seguían abiertas, pero ahora alguien caminaba hacia ellas con las manos limpias y los ojos abiertos.

Clara lo comprendió en ese instante: aquellas voces, más que un eco del pasado, eran el hilo que unía el incendio, la vida de los jornaleros y la verdad oculta que nadie había querido contar. Y, al marcharse, supo que el silencio que debía romper no era solo el de la tierra, sino el de las mujeres que la habían sostenido en la sombra.

Capítulo 30 — La advertencia

El buzón de Clara crujió con un golpe seco. Fue el sonido lo que la alertó: no era el roce liviano de cartas ni el timbre del cartero. Era un impacto preciso, como el de alguien que no quería quedarse.

Cuando salió a la puerta, no había nadie. Solo un sobre marrón, sin remitente, apenas arrugado, como lanzado con prisa. Lo abrió allí mismo, bajo el sol tibio de media mañana.

Dentro, una sola hoja, impresa: «Dejadlo. No busquéis más. El pasado ya quemó bastante».

Y debajo, una imagen: la misma fotografía de los tres hombres, pero ahora con una cruz negra dibujada sobre el rostro de Rubén. A tinta gruesa. Intencionada.

Clara sintió el pulso acelerarse. Miró a su alrededor. Todo parecía normal: el perro del vecino ladrando, el olor a pan caliente, el viento leve. Pero no lo era.

Llamó a Lucía sin dudarlo.

—Tienes que venir.

Se reunieron en casa de Clara. Lucía leyó el mensaje sin hablar. Su cara estaba pálida, dura.

—¿Lo has tocado? —preguntó.

—No. Dejé todo como estaba, salvo el sobre.

Lucía dejó la hoja sobre la mesa. Volvió a mirar la cruz sobre el rostro de Rubén.

—Esto significa que vamos bien.

—¿O que vamos demasiado lejos?

—¿Tienes miedo?

Clara la miró fijamente. Luego negó con la cabeza.

—No. Tengo precaución. Miedo tendría si no supiera que hay algo importante detrás de todo esto. Algo que alguien no quiere que sepamos».

Lucía apretó los puños.

—Esto solo confirma que Rubén está vivo. O, al menos, que alguien sabe dónde está. Y no quiere que lo sepamos.

—¿Y si no es solo una advertencia? —preguntó Clara—. ¿Y si intentan hacerte daño?

—Ya lo hicieron —respondió Lucía, con voz baja—. Durante años. Cada vez que callaron. Cada vez que me negaron lo que era mío. Que vengan, si quieren. Pero no voy a parar ahora.

Clara asintió.

—Entonces, vamos a seguir. Pero con cuidado. Esto ya no es solo una búsqueda familiar. Es una investigación con enemigos. Y los fantasmas… no siempre están muertos.

En la mesa, la fotografía seguía allí. Con su cruz negra como una herida reabierta. Como un grito que alguien quiso silenciar. Pero ya no había silencio posible. Solo pasos hacia delante.

Capítulo 31 — Un paseo por el campo

La tarde se extendía con un tono dorado que parecía suavizarlo todo: las lomas, las piedras del camino y hasta el polvo que se levantaba bajo los zapatos. Clara y Lucía habían decidido caminar sin prisa, alejándose poco a poco del pueblo, siguiendo sendas que parecían hechas solo para quienes aún saben perderse.

Durante unos minutos, ninguna habló. El silencio, lejos de ser incómodo, las envolvía como un refugio.

—Hacía tiempo que no salía a caminar así —dijo Clara al fin, apartando con la mano una rama de almendro en flor—. Desde que empecé con esta investigación siento que vivo entre papeles y sospechas. Olvidé que vine de un sitio parecido a este.

Lucía giró el rostro hacia ella. Sonrió con un aire sereno.

—El campo tiene esa memoria callada. Cuando era niña, me escondía por aquí para huir del ruido de mi casa. Entre barbechos y olivares aprendí que el silencio podía ser amigo… y también juez.

Caminaron un trecho más. A los lados, la tierra recién arada mostraba sus surcos como cicatrices abiertas. Un tractor lejano dibujaba otra línea lenta, paciente, que parecía no acabar nunca.

—¿Sabes qué pienso a veces? —dijo Lucía, deteniéndose para tocar con la punta del pie uno de esos surcos—. Que los secretos de los hombres se entierran igual que las semillas. Solo que algunos florecen… y otros envenenan la tierra.

Clara la observó en silencio, como si esas palabras le hubiesen rozado una herida invisible.

—Puede que tengas razón. Quizá eso me trajo hasta aquí. Este caso, esta tierra… todo parece pedirme que escuche lo que está bajo la superficie.

El viento se levantó, moviendo las espigas tiernas. Sonaba como un murmullo antiguo, como una conversación que ellas interrumpían con su paso.

—Siempre pensé que acabaría lejos de aquí —dijo Lucía, mirando la sierra, azulada en la distancia—, y sin embargo sigo. A veces me pregunto si es amor a esta tierra… o miedo a dejarla.

Clara la acompañó en la mirada.

—Yo vine huyendo —confesó con una voz baja—. Creía que cuanto más me alejara, menos me seguirían mis recuerdos. Pero resulta que hasta aquí llegaron.

Se quedaron quietas un instante, respirando el aire cargado de tomillo y polvo.

Clara notó cómo Lucía, sin decir palabra, le rozaba la mano, apenas un instante, lo justo para recordarle que había alguien a su lado, alguien dispuesto a escuchar.

Reanudaron el paso. El sol comenzaba a descender y la luz se tornaba más rojiza, como si quisiera incendiar las lomas antes de rendirse a la noche.

—Al final —dijo Lucía con un suspiro—, todo lo que vivimos se mezcla con esta tierra. Lo bueno y lo malo. Y de eso está hecha la memoria.

Clara sonrió, sintiendo que aquellas palabras eran también una advertencia, o quizá un consuelo. Mientras volvían al pueblo, pensó que aquel paseo, más que una tregua, era un recordatorio: detrás del crimen, detrás del dolor, la vida seguía latiendo, obstinada, bajo los campos.

Capítulo 32 — La finca de los Elías

Carlos Elías bajó del coche y se detuvo en el porche de la casa, mirando hacia los campos que se abrían como un tapiz interminable bajo la luz tibia de la mañana. El olor a tierra húmeda le trajo recuerdos de los años noventa.

En aquella época la finca era un hervidero de vida. Los jornaleros iban y venían con el alba, cargando aperos, ajustando bestias y sudando en las viñas como si el sudor fuera parte del salario.

Miguel Gutiérrez era la finca. No había en él diferencia entre el hombre y la tierra que pisaba. Sus manos parecían hechas de la misma costra dura del barbecho, y sus silencios eran tan extensos como los surcos que abría la reja del arado. Lo pusieron al frente de los jornaleros no por talento ni por iniciativa, sino por obediencia. Obedecía sin preguntar, como si esa cualidad bastara para mantener en pie el engranaje silencioso de la finca.

Carlos lo recordaba bien: la espalda inclinada, el sombrero raído, los ojos huidizos que jamás discutían una orden. Era un hombre sin estridencias, pero cuyo paso quedaba grabado en la memoria de todos, como si la tierra misma lo hubiera marcado a fuego.

Los Elías, dueños de aquellas tierras, vivían entre la ostentación discreta y la severidad antigua. No eran de risas fáciles ni de gestos cercanos. Los jornaleros los miraban con un respeto áspero, de esos que nacen más del miedo que de la admiración. Y, sin embargo, en aquellos días, la finca prosperaba como pocas en la comarca.

Carlos alzó la vista, cansado del recuerdo, y miró hacia la loma, hacia las tierras de Ramón Belmonte. Allí, solitario, resistía un almendro viejo, torcido por los vientos y los años. «Ese árbol es la

finca entera», pensó. «Abandonado, y sin embargo todavía en pie, como si se negara a rendirse».

Lo que nunca se dijo, lo que nunca se quiso preguntar, era por qué Miguel Gutiérrez, tan obediente, tan silencioso, terminó desapareciendo sin dejar huella. Nadie indagó demasiado. Nadie quiso remover la tierra que lo cubría todo, literal y metafóricamente.

El silencio de la finca era el mismo que el del campo entero: un silencio pactado, casi religioso, donde cada quien sabía hasta dónde mirar y hasta dónde callar. Carlos encendió un cigarrillo y exhaló despacio. Sabía que esa finca había sido testigo de una verdad que aún latía bajo el suelo, esperando a que alguien se atreviera a desenterrarla.

Capítulo 33 — Ecos bajo tierra

Ramírez estaba en su despacho del cuartel provincial, el ventilador zumbando sin fuerza, las carpetas abiertas en abanico sobre la mesa. Había vuelto a repasar los informes del 92, pero ahora con otros ojos. No buscaba solo a Rubén el Rubio. Buscaba el patrón.

Las llamadas entre oficiales, los informes sellados sin firma, las declaraciones extraviadas. Todo tenía un olor: el de un encubrimiento mal hecho y demasiado viejo.

Abrió una nota manuscrita que no había visto antes. Había sido grapada al fondo de un expediente secundario: «La versión oficial no debe cuestionarse. El caso del cortijo está cerrado. Lo ordenaron arriba».

Ramírez frunció el ceño.

—Arriba.

¿A qué nivel se refería esa nota? ¿Interior? ¿Guardia Civil? ¿Policía local?

Su instinto le dijo lo que su razón aún no podía probar: había alguien más. Alguien que se había beneficiado del silencio. Y que ahora volvía a moverse para mantenerlo.

Tomó su teléfono. Llamó a Clara.

—He encontrado algo —dijo en cuanto ella respondió.

—Yo también —contestó Clara, y le explicó lo del sobre y la amenaza.

Ramírez la escuchó en silencio.

—Esto es más grande de lo que pensábamos —dijo, finalmente—. No es solo Rubén. Es todo lo que lo rodea. El incendio. Las tierras. La gente que quiso borrar aquel verano del 92 como si fuera una mala cosecha.

—¿Y tú qué piensas hacer?

Ramírez se recostó en su silla. El ventilador giraba lento, como si también tuviera miedo de ir más rápido.

—Seguir. Aunque escueza. Aunque moleste. Ya hemos tirado del hilo. Y quien avisa… es porque teme.

Clara no respondió enseguida. Luego dijo:

—Rubén no fue el único que desapareció. Puede que desapareciera alguien más. El resto se quedó. Calló. Y firmó su silencio con fuego.

Ramírez colgó con una sensación extraña: no era miedo. Era certeza. La de quien pisa tierra removida. La de quien escucha un eco donde no debería haber nada.

En su pantalla, dejó abierta la imagen de la fotografía. Tres hombres. Uno con una cruz negra. Y un pasado que no dejaba de resucitar.

Capítulo 34 — Testigo de Dios

La iglesia del pueblo estaba casi vacía. Solo quedaban el olor a cera gastada y unas flores secas sobre el altar. Clara empujó la puerta con suavidad. Lucía iba detrás, en silencio, como si aquel lugar impusiera un respeto que no nacía tanto de la fe como de la memoria.

En el último banco estaba sentado don Julián, las manos cruzadas sobre el regazo. Había envejecido sin perder la estatura, aunque en sus ojos la firmeza se había tornado en cansancio. Al verlas, sonrió con una sombra de melancolía.

—Agente Molina. Y usted debe de ser Lucía.

—Así es —respondió ella, sin apartar la mirada.

Clara no dio rodeos:

—Venimos a hablar del incendio de 1992. Y de Ramón Belmonte.

El cura bajó los ojos, como si nombrar aquel pasado fuera reabrir una herida.

—El fuego… Sí. Han pasado más de treinta años y aún lo escucho en la noche como un juicio que no termina.

Lucía se sentó a su lado. Clara permaneció de pie, vigilante.

—¿Qué sabe de lo que ocurrió? —preguntó.

Don Julián suspiró, hondo, como si llevara sobre sus hombros un peso de siglos.

—Sé lo que se murmuraba, lo que se calló. Y sé lo que escuché en confesión… aunque eso pertenece a Dios y no me es lícito compartirlo. La absolución no me autoriza a traicionar el sigilo.

—¿Y lo que vio? —insistió Clara.

—Llegué después, cuando ya solo quedaba humo. La caseta era de Ramón, pero dijeron que la víctima no estaba registrada.

—¿Era mi padre?

El sacerdote la miró un instante antes de desviar la mirada hacia el altar, donde la luz se filtraba sobre el Cristo crucificado.

Para mí ese fuego sigue siendo un misterio. No sé quién murió quemado, si es que realmente murió alguien quemado. Allí se dijeron muchas cosas, pero dudo que estuvieran basadas en lo que realmente ocurrió.

—Tu madre venía mucho por aquí en aquellos años. —Le dijo a Lucía—. Rezaba, lloraba. Estaba asustada. Creo que intentaba protegerte. Y él… ese hombre… vino a buscarla. O eso decían.

—¿Quién lo mató? —preguntó Lucía.

—No lo sé. Pero no fue el fuego. Ramón cargó con la culpa. Quizá no con el crimen, pero sí con el peso del pecado. Nunca volvió a confesarse, nunca volvió a comulgar. Eso lo dice todo en un hombre como él.

El silencio se llenó con el crujido de la madera vieja. Clara dio un paso adelante.

—¿Quién más estuvo allí aquella noche?

Don Julián dudó, y al final murmuró:

—La tierra estaba llena de ojos, pero ninguno quiso ver. Los Gutiérrez, los del cortijo, juraron no saber nada. Yo vi marcas de coche en el camino trasero. Y escuché una voz esa madrugada. Gritaba un nombre.

—¿Qué nombre?

El cura cerró los ojos un instante, como quien recita una letanía prohibida.

—Rubén.

El eco de la palabra estremeció las paredes de piedra.

Lucía palideció.

—R. G. —susurró.

Clara tomó nota. Algo encajaba.

Don Julián se levantó despacio y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia ellas y, levantando la mano como en un gesto de bendición, dijo con gravedad:

—Buscad donde ardió el almendro viejo. Allí quedó lo que no se dijo. La tierra guarda las culpas que los hombres prefirieron callar.

En la calle, Clara guardó silencio. Lucía repitió la frase en voz baja, como si pronunciara un conjuro:

—¿Dónde ardió el almendro viejo?

El cura la miró con ojos oscuros.

—Allí encontraréis la verdad. Pero recordad: no toda verdad redime; algunas solo juzgan.

—Gracias, padre —susurró Clara.

Capítulo 35 — La voz de la tierra

Soy la tierra que os sostiene. Soy la sierra que os mira desde lejos, con su piel de polvo y de piedra. De mí nacen los almendros torcidos, los olivos que crujen en silencio, los trigales que se quiebran bajo el sol. No regalo nada: todo hay que arrancármelo.

La mejor paga siempre la di en forma de almendra. Dura, pequeña, amarga al principio, dulce después. Con ella se compraban vestidos, se pagaban deudas, se cerraban heridas. Con ella se contaban los años buenos, los malos.

Mi gente es dura como el campo. Habla poco, pero su palabra pesa. Saluda con la mirada, comparte pan y vino, acompaña en la muerte. En mis calles el silencio manda, pero en las fiestas la guitarra aún se atreve.

Los jóvenes me abandonan. No tengo qué darles. Mis campos se quedan viejos, mis casas se apagan, mis patios se llenan de hierba. Ellos parten hacia fábricas lejanas, hacia ciudades donde se pierden los apellidos y el acento. Dejan atrás ventanas cerradas, perros sin amo, madres que guardan cartas en los cajones.

Las familias que quedan resisten. Viven de pensiones, de bares pequeños, de talleres que suenan como ecos de un mundo que se marcha. Se reúnen en torno al puchero, pero la mesa ya no cruje de tantas manos. El vacío se sienta también a comer.

Yo, la tierra, lo recuerdo todo. Sé dónde ardió un almendro, dónde se escondió un secreto, quién calló y quién traicionó. Nada me es ajeno: en mis piedras quedó escrito lo que nadie se atrevió a contar.

Dicen que aquí no pasa nada. Pero aquí pasa el tiempo como un río seco: sin agua, dejando huella. Dicen que soy silencio. En mí habitan todas las voces que se marcharon.

Soy la tierra que calla. Soy la tierra que habla. Y cuando alguien me escuche de verdad, sabrá que bajo las raíces quemadas de un almendro aún late la verdad: oscura y viva, como una brasa que nunca se apagó.

Capítulo 35 — Donde el almendro viejo

El paisaje se extendía como una herida seca: lomas onduladas, polvo fino, bancales abandonados. Almendros dispersos, muchos de ellos viejos, torcidos, aguantando el peso de su edad y del tiempo.

Clara y Lucía caminaban en silencio. Habían dejado el coche lejos, al borde de la vereda. El resto lo hacían a pie, guiadas por una mezcla de intuición y recuerdos vagos. Era una búsqueda sin mapa. Solo la frase del cura latiendo en la mente: «Allí quedó lo que no se dijo».

Pasaron junto a una casa derruida y una fuente seca. Al fondo, en lo alto de una pequeña colina, lo vieron.

La tarde caía lenta cuando Clara y Lucía se detuvieron frente al almendro viejo. No quedaba mucho: el tronco calcinado de un almendro, seco como un suspiro detenido. A su alrededor la tierra era diferente, más oscura y agrietada.

Era un árbol solitario, torcido por los años, como si guardara en sus ramas el secreto de generaciones enteras. Clara pasó la mano por la corteza rugosa.

—Aquí es —susurró.

Lucía asintió en silencio, consciente de que aquel hallazgo podía remover demasiado polvo.

Capítulo 36 — El cerco se estrecha

La noticia corrió como la pólvora y pronto llegó a Carlos Elías, que apareció con paso indeciso en el despacho. Llevaba la camisa arrugada y la frente perlada de sudor, aunque la brisa de agosto apenas rozaba las calles. Al ver a sus compañeros, trató de esbozar una sonrisa, pero la mueca se quebró enseguida.

—¿Os habéis enterado? —preguntó con voz entrecortada.

—Sí, se dice por todo el pueblo —dijo Pedro, sin apartar la mirada del ordenador.

Carlos se llevó la mano al bolsillo. El gesto fue nervioso, automático, casi desesperado. Sus compañeros de oficina, hombres de confianza de siempre, lo observaban. Se acercaron con pasos rápidos, formando un pequeño círculo.

—No te pongas nervioso, hombre —murmuró uno de ellos—. Aquí nadie sabe nada.

Pero Carlos no los escuchaba. Sentía un nudo en el estómago. Sacó el móvil, marcó un número y esperó.

Al otro lado contestó una voz áspera, sin saludo:

—¿Dónde estás?

—En el pueblo… las chicas han encontrado el almendro viejo —Carlos tragó saliva—. Esto se está torciendo.

Hubo un silencio tenso, tan largo que Carlos pensó que la llamada se había cortado. Luego, la orden llegó clara, sin espacio para réplica:

—Vete. Ahora mismo. No esperes a nadie. Escóndete y no te dejes ver.

El corazón le golpeó el pecho con fuerza.

—¿Y si…?

—¡Haz lo que te digo! —la voz subió de tono, cortante, definitiva.

Carlos bajó la mirada. Sus amigos intentaban tranquilizarlo, pero él ya no escuchaba. Guardó el teléfono con manos temblorosas.

Todo se había precipitado. No habría más tiempo.

El pueblo, las calles, la rutina… todo había terminado para él.

Sin despedirse, echó a andar calle abajo. No miró atrás.

Capítulo 37 — Bajo la tierra

El sol apenas había salido cuando la furgoneta blanca del equipo forense se detuvo al borde de la vereda. Ramírez bajó primero, con gesto serio. Clara lo esperaba junto al tronco del almendro calcinado, el viento leve agitando su coleta.

—¿Lo dejasteis tal como estaba? —preguntó él.

No lo tocamos —respondió Clara—. Solo marcamos el perímetro con piedras. El cemento parece viejo, sin numeración ni uso evidente. Pero hay algo debajo. Se siente.

Lucía se mantenía unos pasos atrás, con los brazos cruzados. Miraba el lugar como si temiera que la tierra misma hablara demasiado alto.

Los técnicos descargaron palas, un georradar portátil y herramientas de excavación delicada. Uno de ellos, joven y atento, se arrodilló sobre la losa cuarteada y comenzó a limpiar el borde con un pincel grueso. Ramírez se agachó junto a él.

—¿Ves algo?

—Sí —dijo el técnico—. Esto no es una base de construcción. Es una losa sellada con cemento pobre. Como las que se usan para ocultar algo rápido, sin medios.

—¿Podéis abrirla?

—Nos llevará un rato. Pero sí.

Clara y Ramírez intercambiaron una mirada. Había algo solemne en ese momento, como si estuvieran a punto de romper el suelo de un secreto.

Lucía se acercó en silencio. Se quedó mirando cómo el polvo se iba apartando, cómo las manos expertas retiraban con cuidado la tierra apelmazada.

Después de media hora, uno de los técnicos golpeó suavemente la piedra. El sonido fue hueco.

—Aquí hay aire debajo. O espacio.

Comenzaron a levantar la losa. Fue un trabajo lento, minucioso. Finalmente, alzaron uno de los lados. Un olor leve y antiguo escapó por la grieta. No era putrefacción. Era humedad encerrada. Tiempo.

Bajo la losa, tierra removida. Y allí, en la profundidad de un metro escaso, una manta oscura, apelmazada por los años. Dentro, algo.

El forense jefe se acercó con guantes. Abrió con cuidado el tejido endurecido.

Se hizo el silencio. Ramírez, Clara, Lucía. Todos contuvieron el aliento.

Dentro de la manta, entre fragmentos de hueso y tejido, había una cadena de plata, una hebilla de cinturón… y una cartera reseca por el tiempo. La abrieron. Dentro, una tarjeta desdibujada, aún legible: «Rubén Gallego Herrera — Trabajos a domicilio».

Lucía dio un paso atrás. Se tapó la boca con la mano. «Está muerto…», susurró.

Ramírez no dijo nada. Se limitó a cerrar los ojos por un segundo, como si ofreciera un gesto mudo de respeto. «Avisaremos a la central para análisis completos», dijo el jefe del equipo. «Esto confirma que aquí hubo un enterramiento ilegal. La fecha exacta dependerá del carbono y los tejidos. Pero por el estado… más de veinte años. Mucho más».

Clara se volvió hacia Lucía. La encontró de pie, firme, pero con la mirada vacía.

—¿Estás bien?

—No —respondió.

—Pero ahora al menos sé dónde estaba. Lo dejaron aquí. Como si nunca hubiera existido.

Ramírez se acercó a ambas.

—Esto cambia todo. Ya no hablamos de un testigo. Hablamos de una víctima. Y alguien lo enterró con la esperanza de que nadie lo buscara.

Lucía miró la tierra abierta.

—Pues se equivocaron.

Cuando el sol empezó a subir, los restos ya estaban en las bolsas numeradas. La tierra había sido marcada. El almendro calcinado, testigo mudo, seguía en pie, inclinado como un centinela. Y la historia acababa de cambiar de forma para siempre.

Capítulo 38 — El eco del fuego

La tarde caía despacio sobre la plaza del pueblo. El calor del verano aún se aferraba a las piedras, y las campanas de la iglesia marcaron las ocho cuando comenzaron a llegar los primeros vecinos. No había convocatoria oficial, pero todos sabían por qué estaban allí. El incendio del 92 había vuelto a las conversaciones como un fantasma que se resiste a marcharse.

Mercedes, la más vieja del lugar, fue la primera en hablar.

—Aquella noche olía distinto —dijo, entornando los ojos—. No era un fuego cualquiera. Quemaba demasiado deprisa, como si lo hubieran alimentado con algo más que pino seco.

Clara y Lucía escuchaban con atención. No interrumpían; sabían que, a veces, dejar hablar al pueblo era la mejor forma de encontrar las grietas en el muro del silencio.

Mateo, el carpintero, golpeó con la mano la mesa de la taberna donde se habían reunido.

—Yo os lo dije entonces y lo repito ahora: el fuego no empezó solo. Alguien lo provocó. Lo vi con mis propios ojos… dos sombras corriendo hacia el barranco antes de que saltaran las primeras llamas.

Un murmullo recorrió el grupo. Algunos movieron la cabeza, incrédulos; otros bajaron la vista, como si quisieran evitar una verdad incómoda.

—¿Y por qué no hablaste en su momento? —preguntó Clara con voz serena. Mateo se removió en la silla.

—Porque nadie quería escucharlo. Porque había miedo. Y porque los que mandaban entonces preferían llamarlo «accidente».

María, la farmacéutica, intervino con un tono más suave:

—Lo que sí recuerdo es el viento. Era como si alguien soplara desde dentro del monte. Y las sirenas… las sirenas que no llegaban nunca.

El silencio se hizo espeso. Afuera, la brisa agitaba las ramas de los plátanos de la plaza. Clara tomó nota mental de cada palabra, de cada duda.

Finalmente, fue Lucía quien cerró la reunión con una frase que dejó a todos inquietos:

—Si aquel fuego fue provocado, entonces lo que estamos investigando ahora no es un misterio nuevo… es la continuación de algo que empezó hace más de treinta años.

Las miradas se cruzaron. Nadie añadió nada más. Solo el recuerdo del fuego seguía ardiendo, invisible, en las pupilas de los vecinos.

Capítulo 39 — La carta de Rubén

Lucía regresó a casa al anochecer, con los zapatos manchados de polvo seco y las manos vacías, como si hubiera vuelto de un entierro sin ceremonia.

La puerta de la casa estaba entornada. La luz cálida del interior se proyectaba en un ángulo que parecía más frágil que acogedor. Dudó unos segundos antes de entrar.

Mercedes estaba sentada a la mesa.

—Como no venías, entré. Tu madre me dio una llave de la casa.

Esperaba, con las manos cruzadas sobre una caja metálica abierta.

Lucía se detuvo en seco al verla. Mercedes levantó la vista.

—¿Lo encontrasteis?

Lucía asintió.

—Estaba allí. Bajo tierra. Como un animal al que quisieron borrar.

Un silencio denso.

—¿Y tú… lo sabías? —añadió.

Mercedes negó despacio.

—No. Dijeron que se había ido. Que no volvería. Que alguien le tenía miedo. Pero no… no supe que lo habían matado.

Lucía se acercó. La miró fijamente.

—¿Por qué no hablaste antes?

La señora desvió la mirada.

—Porque hubo muchas amenazas y… pensé que el silencio era lo mejor.

—No lo era.

—Lo sé —susurró—. Por eso te guardé esto. Y por eso te lo doy ahora. Ya no tengo derecho a esconderlo.

Le tendió la carta. El papel estaba envejecido, pero el trazo seguía firme. Lucía lo cogió como si sujetara una reliquia.

Se sentó. La leyó en voz alta, con voz entrecortada:

—«No sé si volveré. No sé si querré. Pero si alguna vez mi hija pregunta por mí, no mientas. Dile que fui cobarde. Que no supe quedarme. Pero que supe amarla, desde lejos. Aunque fuera en silencio».

Lucía no lloró. No esta vez. Solo guardó la carta doblada en el bolsillo interior de su chaqueta, como quien guarda una última palabra en el pecho.

—No lo conocí —dijo.

—Pero quiero conocer lo que lo rodeaba. Quiero saber por qué se fue. Por qué lo hicieron callar. Quiero entenderlo todo.

Mercedes asintió.

—Entonces empieza por aquí. Por mí. Pregúntame lo que quieras. Ya no voy a callar.

Lucía respiró hondo. Se sentó de nuevo frente a ella. Y por primera vez en muchos años, empezaron a hablar como dos mujeres que, por fin, dejaban de esconderse.

Capítulo 40 — Una muerte rápida

Ramírez estaba en su despacho, con la persiana a medio bajar y el escritorio lleno de papeles sin clasificar. A un lado, la carpeta marcada «Caso Belmonte». Al otro, su cuaderno de notas, con nombres y fechas que se repetían como ecos.

El móvil vibró. Era el forense jefe del laboratorio provincial.

—¿Tienes un momento?

—Siempre. ¿Qué tienes?

—Confirmado. Los restos hallados bajo la losa pertenecen a Rubén Gallego Herrera, conocido como «el Rubio». Coincidencia genética con una muestra antigua de carnet de conducir. El cuerpo presenta fracturas en dos costillas y una contusión fuerte en la base del cráneo. No murió por el fuego. Murió antes.

—¿Causa exacta?

—Traumatismo craneoencefálico. Muerte rápida. Violenta.

Ramírez apretó el bolígrafo entre los dedos.

—¿Alguna pista más?

—Sí. Hemos hallado restos de cal agrícola en las suelas de los zapatos. Tierra arcillosa, típica de los campos del norte del término. Y una fibra textil adherida a su pantalón. Lana marrón, con mezcla de lino. Muy concreta. Tipo abrigo rural… pero de calidad. Nada barato.

—¿Podría coincidir con el tipo de ropa que usaba Ramón Belmonte?

Hubo un silencio.

—Perfectamente. No hay prueba directa aún, pero es compatible con la fibra.

Colgó sin moverse. Se quedó un largo rato mirando el teléfono. Luego abrió la carpeta y fue directo a una foto: Ramón, con su chaqueta marrón, de corte antiguo, habitual en los inviernos duros del campo. Ramírez anotó: «¿Ramón implicado en la muerte de Rubén? ¿Por qué? ¿Encubrimiento? ¿Celos? ¿Protección?».

Buscó en el listado de llamadas. Marcó a Clara.

—Clara, tenemos que hablar. Ya no es solo un crimen sin resolver. Es un asesinato. Y alguien lo cometió para silenciar a Rubén.

—¿Quién?

—No lo sé con certeza, pero tengo un nombre más cerca de lo que esperaba. Ramón. Y creo que no actuó solo.

—¿Tienes pruebas?

—Tengo indicios. Y tengo una certeza: esto no fue un accidente. Fue una ejecución. Y alguien se aseguró de enterrarlo donde nadie fuera a mirar. Hasta ahora.

Clara respiró hondo al otro lado.

—¿Qué hacemos?

—Tú sigue con Lucía. Mira si puedes rastrear si Ramón tuvo alguna disputa en esos días, o si alguien más de su entorno sabía de Rubén. Yo hablaré con el laboratorio para cruzar fibras con prendas de Ramón.

—¿Y si fue él…?

—Entonces esta historia cambia de título. Ya no es solo el silencio de la tierra. Es la violencia de quien quiso poseerla.

Esa noche, Ramírez salió al patio trasero del cuartel. Encendió un cigarro que no llegó a terminar. Miró al cielo: un montón de estrellas frías, indiferentes. Pensó en Rubén. En Ramón. En los años de silencio. En todo lo que habían callado. Y murmuró, para nadie:

—Ya casi te tenemos.

Capítulo 41 — La carta de Ramón a Miguel

Lucía no durmió. La conversación con Mercedes le había dejado algo suelto por dentro, como si el alma no terminara de encajar en el cuerpo. A medianoche, bajó al sótano. No sabía qué buscaba exactamente, solo que algo le pedía abrir las cajas viejas.

Había polvo, humedad y un olor leve a campo cerrado. En una de las estanterías, encontró una caja con el nombre de Ramón escrito a lápiz: «Cosas del tío».

Dentro, herramientas oxidadas, un reloj sin cuerda, sobres con recibos y una pequeña libreta de tapas negras, casi idéntica a la que usaba su madre para anotar gastos de la casa.

La abrió.

Las primeras páginas eran de cuentas y fechas de siembra. Pero en la mitad del cuaderno, una hoja doblada en cuatro sobresalía. Lucía la desplegó con cuidado. Era una carta, escrita a mano, sin destinatario claro:

—Miguel, tú sabes lo que vimos. Lo que hicimos. No lo escribo por rencor, sino por miedo. Rubén no tenía que hablar, pero tampoco tenía que morir. Si esto se descubre, tú y yo nos vamos con él. Mejor que nadie se acerque al almendro viejo. Lo que enterramos allí no es solo un cuerpo. Es todo lo que nos puede destruir.

Lucía sintió que el aire se le iba de los pulmones.

Ramón y Miguel. Un pacto. Un asesinato. Un silencio pactado no por cobardía, sino por interés y supervivencia.

Subió las escaleras de dos en dos. Llamó a Clara.

—Tengo una carta. De Ramón a un tal Miguel. Está todo escrito.

—¿Qué dice?

—Que Rubén no tenía que morir. Pero murió. Y que ellos dos lo enterraron. Que sabían lo que hacían.

Clara se quedó callada unos segundos. Luego dijo:

—Entonces ya no hay marcha atrás.

Lucía cerró los ojos.

—No. Y ahora Rubén tiene que hablar. Aunque sea lo último que diga.

Capítulo 42 — El que calla huye

Clara aparcó el coche justo frente al cortijo de los Gutiérrez. El lugar estaba en silencio. Demasiado.

Ramírez bajó con ella. Llevaba la carta de Ramón en una carpeta, ya cotejada con la escritura del fallecido. Una prueba fuerte. Suficiente para citar a Miguel Gutiérrez, pero no para detenerlo aún.

Clara tocó la puerta. Una, dos, tres veces. Nada.

—¿Miguel? —llamó.

Silencio.

Ramírez rodeó la casa. Puerta trasera abierta. Sin forzar.

—No me gusta esto —dijo.

Entraron. La cocina estaba recogida. En el fregadero, un vaso. En la mesa, una taza aún tibia.

En el pasillo, la maleta. Abierta. Ropa revuelta. Algunos cajones sin cerrar.

—Se ha ido —murmuró Clara—.

—O lo han sacado —replicó Ramírez.

—Pero esto es huida. Rápida. O premeditada.

Sobre la mesilla del dormitorio, Clara encontró una foto rota por la mitad: era la misma imagen de los tres hombres, pero solo quedaban Ramón y Rubén. La parte de Miguel la habían arrancado. «Sabía que íbamos a por él», dijo Clara.

—Y ha preferido borrarse antes que hablar.» Ramírez miró el armario abierto, el perchero vacío.

—Tenemos que emitir aviso. Control de carreteras. Puertos. Aeropuertos si hace falta.

—¿Crees que alguien lo está ayudando?

Ramírez asintió despacio.

—Miguel no es de los que se esconden sin apoyo. Este caso tiene raíces más profundas. Y si ahora huye, es porque ya no está solo en el punto de mira. Quizá alguien más teme que lo arrastre consigo.

Clara sintió que algo, en el fondo del estómago, se tensaba.

—Entonces no solo buscamos a un culpable. Buscamos a los que lo ayudaron a quedarse impune durante treinta años —dijo Ramírez.

Salieron al porche.

Lucía ya estaba allí. Había llegado en su coche. Venía con la carta en la mano. Pero al ver el rostro de Clara, supo la verdad.

—¿Dónde está?

—Se ha ido —dijo Clara.

Lucía apretó la carta con fuerza.

—Cobarde. Como todos los que callaron.

Clara la miró con calma.

—No te equivoques. Los cobardes huyen. Pero las pruebas no.

Al fondo del campo, el viento alzaba polvo. El silencio volvía a instalarse. Pero ahora ya no era pasivo. Era el silencio del que se esconde porque sabe que ya viene el ruido.

Capítulo 43 — Migas de tierra

—No ha usado tarjetas. No ha sacado dinero. Nada en cámaras de gasolineras ni cajeros —resumió el agente de la central—. Pero hemos interceptado una llamada. No suya. De un tal Alberto Granja. Lo llamó desde un fijo rural. Dijo una frase: «Ya está en marcha. Como en el 92».

Clara y Ramírez se miraron. El nombre no les decía nada, pero el tono sí: complicidad antigua.

—¿Localización?

—Una finca al pie de la sierra. Abandonada en los papeles, pero alguien había estado viviendo allí los últimos meses. Luz pinchada. Gallinas. Huellas recientes.

Ramírez colgó. Se frotó la frente.

—¿Crees que está allí? —preguntó Clara.

—O estuvo. O va. Si es su refugio… puede que lo use para tomar aire antes de desaparecer del todo.

El todoterreno cruzó la rambla seca levantando polvo. El GPS no marcaba camino. Solo intuición y coordenadas. Al fondo, una casa de campo con tejado hundido y una parra seca en la entrada.

—¿Y si se ha ido ya?

—Entonces encontraremos rastros —dijo Clara, saliendo del coche.

Entraron despacio. Armas bajas. Silencio tenso.

El interior olía a humedad vieja y café recién hecho. Una radio encendida. Un cuaderno abierto sobre la mesa. Sin firma.

Clara lo hojeó. Anotaciones sueltas: *«Ramón siempre quiso callarlo todo.» Clara levantó la vista.*

—Está escribiendo para sí mismo. Como si supiera que el final se acerca.

Ramírez entró desde el fondo.

—Hay una mochila abierta. Ropa de más. Agua. Sin mapa. Preparado para algo largo. O definitivo.

En ese momento, el móvil de Clara vibró. Un mensaje de Lucía:

—He hablado con una mujer que trabajó en la casa de los Gutiérrez en los 90. Dice que Miguel tenía un lugar de huida. Una caseta en las minas viejas. Donde iba cuando todo se torcía.

Clara mostró la pantalla.

—Lo está haciendo otra vez. Como entonces.

Ramírez asintió.

—Esta vez, no se nos va a escapar.

La tarde caía, pero la historia subía de temperatura. Miguel dejaba migas por el suelo. Pequeñas, torpes. Pero ya no bastaban para tapar la sangre. Y ellos estaban cada vez más cerca.

Capítulo 44 — La memoria que camina

Lucía estaba en casa, sola, releyendo la carta de Rubén por cuarta vez esa semana. Afuera, la luz del atardecer filtraba un naranja suave por la cortina. Había silencio. El tipo de silencio que solo se rompe cuando alguien lo necesita.

Llamaron a la puerta. No esperaba a nadie.

Abrió con cierta cautela.

Una mujer mayor, delgada, con la piel surcada por el sol y una bolsa de tela colgando del hombro, la miraba con ojos claros y humildes.

—¿Lucía Belmonte?

—Sí.

—Soy Marina. Fui amiga de tu padre. De Rubén. Me he enterado… de lo que pasó. De que lo encontrasteis. Y he pensado que ya era hora de venir.

Lucía no dijo nada. Se hizo a un lado.

—Pase.

Sentadas en la cocina, con un café casi frío entre las manos, la mujer empezó a hablar.

—Conocí a Rubén en el 91. Él arregló un pozo en la finca donde yo vivía. Mi marido lo contrató. Luego volvió. Varias veces. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía… te escuchaba. Como si tus palabras fueran importantes. Y eso, en los hombres del campo, era raro.

Lucía la miraba con una mezcla de hambre y respeto.

—¿Supo que yo existía?

Marina asintió.

—Sí. Me lo dijo una noche.

—Creo que tengo una hija. Pero no me quieren cerca. Dicen que es por su bien. Y luego se calló. Se quedó mirando la luna, como si esperara que ella le dijera qué hacer.

—¿Y por qué se fue?

—Porque no era valiente. No con los vínculos. Sabía arreglar motores, muros, bombas de agua. Pero no sabía quedarse. Y Ramón… Ramón le dijo que se largara. Que si no, alguien se encargaría de hacerlo desaparecer.

Lucía sintió un nudo en la garganta.

—¿Ramón lo amenazó?

—No con palabras. Pero sí con los ojos. Rubén lo entendió. Se fue. Pero no dejó de pensar en ti.

Sacó algo de su bolsa. Una fotografía. Desgastada. Rubén, más joven, sonriente, junto a una perra mestiza y una bicicleta vieja.

—Esta me la dio. Me dijo: «Si un día mi hija me busca, dile que la quise. Aunque no supe cómo».

Lucía tomó la foto. La sostuvo con ambas manos, como si sostuviera algo frágil y precioso.

—Gracias —dijo, en voz baja.

Marina se levantó. Antes de irse, se volvió desde la puerta.

—Rubén no fue perfecto. Pero fue honesto. Eso… no lo dejes morir con él.

Y se marchó. Sin pedir nada. Sin dejar rastro.

Lucía se quedó sola. La carta de su padre sobre la mesa. La foto entre las manos. Y una certeza nueva, cálida y dolorosa a la vez: él había querido quererla.

Capítulo 45 — La mina abandonada

Clara conducía con gesto firme. Ramírez iba al lado, mirando el mapa. La señal de móvil era casi nula. El sol bajaba rápido, y el camino de tierra era cada vez más irregular.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Clara.

—La mina vieja del Risco. Abandonada desde el 78. Pero alguien ha estado viniendo. Huellas recientes. Movimiento de tierra.» «¿Crees que está armado?

—No lo sé. Pero si se siente acorralado… puede hacer cualquier cosa.

Lucía llegó diez minutos después, sola, en su coche pequeño. No había avisado. No había pedido permiso. Tenía que estar allí. Sentía que, si no lo hacía, no sería su historia la que cerrara ese capítulo, sino la de otros.

Aparcó sin hacer ruido. Se internó a pie por el sendero de piedra suelta, respirando hondo. No llevaba nada consigo, salvo la carta de Rubén en el bolsillo… y la foto que Marina le había dado.

El paisaje era árido, quebrado.

El barranco caía a un lado, y al fondo, entre matorrales y zarzas secas, apareció la boca de la mina: una estructura de madera podrida, semioculta. Parecía un animal muerto que aún custodiaba su guarida.

Clara y Ramírez ya estaban allí, en silencio. Lucía llegó justo cuando Ramírez encendía la linterna.

—Vengo con vosotros —dijo.

Clara la miró, sorprendida.

—Esto puede ser peligroso.

—¿Y mi vida hasta ahora no lo ha sido?

Capítulo 46 — Cuando la tierra habló

El cielo estaba cubierto por una capa fina de nubes grises, como si la sierra también esperara una conclusión. Clara Molina caminó sola hacia la finca de Ramón Belmonte, esta vez sin cuaderno ni libreta. Solo llevaba consigo el sobre marrón con la orden judicial y la confesión de Carlos Elías.

Lucía la esperaba en el porche, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo de su tío. Detrás de ella, la tierra seguía sembrada a medias, con las huellas del tractor aún marcadas en la tierra dura.

—¿Ya está? —preguntó sin moverse.

Clara asintió.

—Carlos lo confesó esta mañana. Lo citamos en el cuartel. No fue difícil. Ramón lo amenazó con contar todo: el incendio, los documentos falsificados, los pagos encubiertos a Dolores García para que callara. Carlos tenía demasiado que perder. Y Ramón ya no quería seguir callando.

Lucía apretó los labios. Sus ojos, secos, miraban más allá del campo.

—¿Cómo lo hizo?

—Sabía cuándo Ramón salía con el tractor. Lo esperó, le golpeó con una herramienta y lo dejó dentro del vehículo. Luego manipuló el freno de mano para que pareciera un accidente. Creyó que nadie miraría demasiado. Y durante semanas, tuvo razón.

Lucía se sentó en el escalón de piedra.

—Pero miraste tú —dijo—. Miraste donde nadie más quiso mirar.

Clara permaneció en silencio. Luego sacó el cuaderno viejo que Lucía había encontrado días atrás en la caseta.

—Tu tío escribió todo aquí. No solo sobre el incendio. También habló de tu madre, de cómo la quiso, de cómo huyó de sí mismo toda su vida.

Lucía lo tomó con cuidado y lo apretó contra el pecho.

—¿Y ahora qué? ¿Carlos irá a juicio?

—Ya está detenido. El fiscal ha ordenado su ingreso en prisión provisional. Con la confesión, los documentos falsos y el testamento manipulado será difícil que salga bien parado.

Lucía bajó la mirada hacia la tierra. La misma tierra que guardó silencio durante años, la misma que ahora, finalmente, hablaba.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué harás ahora?

Clara dudó un segundo antes de responder:

—Seguiré. Pero algo ha cambiado. No sé si permaneceré en este pueblo… aunque no quiero dejar esta forma de mirar. Como dijiste una vez: escuchar lo que nadie quiere oír.

Lucía sonrió con tristeza, pero en su rostro brillaba algo nuevo: una claridad serena. Como si, por primera vez, pudiera sembrar algo propio en esa tierra revuelta.

El viento sopló entre los almendros dispersos y un petirrojo cruzó el cielo bajo. No muy lejos, sobre la loma, una flor solitaria abría sus pétalos entre los surcos secos.

El pasado había hablado. La tierra había devuelto su secreto.

Y ahora, por fin, era el turno del silencio.

Un silencio nuevo.

Capítulo 47 — Al fin llegó el descanso

Lucía caminó sola entre las lápidas, con paso sereno. El cementerio rural estaba en calma, sin viento, sin ruido. Solo el crujido de la grava bajo sus pies y el canto lejano de un mirlo.

La tumba era nueva, aún sin lápida definitiva. Solo un nombre escrito en una cruz sencilla de madera:

«Rubén Gallego Herrera

1970-*¿١٩٩٢?».*

—Al fin, encontrado.

Lucía se detuvo. Dejó sobre la tierra una rama de almendro en flor. La había recogido esa mañana bajo un árbol que resistía en mitad del campo. El mismo campo que lo había callado todo, que lo había escondido, que ahora lo devolvía.

Sacó la carta del bolsillo y la leyó por última vez en voz baja, como un rezo que ya no dolía:

—No sé si volveré. No sé si querré. Pero si alguna vez mi hija pregunta por mí…

—Pregunté —susurró Lucía—. Y ahora lo sé.

Se arrodilló. No para llorar, sino para hablar:

—No te conocí. Pero te entendí. No sé si fuiste bueno, pero alguien te quiso. Y yo… no voy a dejar que te olviden.

El silencio la envolvió.

El sol se filtraba entre las nubes, tocando la cruz de madera como si la señalara con suavidad.

Lucía cerró los ojos. Por dentro, algo se alineaba, algo se soltaba.

Se puso de pie y respiró hondo.

—Descansa. Ya puedes.

Y entonces se fue. No con dolor ni con rabia, sino con la raíz limpia y la luz por delante.

Capítulo 48 — La verdad pronunciada

Clara caminaba por el camino de tierra que subía hacia la sierra. El sol caía despacio, tiñendo los campos de rojo, y el silencio de la tarde se volvía más espeso a cada paso. A veces pensaba que la tierra guardaba mejor los secretos que las personas.

Mientras avanzaba, iba repasando en voz alta, como si necesitara escuchar de nuevo la historia antes de redactar el informe final. Necesitaba convencerse de que todo aquello no era un delirio, sino la verdad que había conseguido arrancar a la memoria del pueblo.

—Ramón Belmonte… —murmuró—. No fue solo un hombre duro y terco. Fue víctima y guardián de un secreto demasiado pesado. Su muerte no fue un accidente: lo mataron porque sabía demasiado y porque había decidido hablar.

El eco del fuego del 92 aún ardía en la memoria del pueblo, pero la ceniza había sido solo un disfraz para tapar lo ocurrido. Rubén, el padre de Lucía, había sido la primera víctima de esa vergüenza que todos eligieron enterrar.

Clara se pasó la mano por el rostro, como si quisiera apartar el peso de las imágenes.

—Después vinieron más víctimas —susurró—. Ramón Belmonte y la madre de Lucía…, que pagó con silencio la vergüenza de haber amado a un hombre que el pueblo había decidido expulsar.

Pensó en Lucía Belmonte, en la herida tardía que la había atravesado al descubrir que Rubén Gallego fue su padre. Pensó en su mirada, entre furia y ternura, cuando por fin supo la verdad.

La guardia civil sabía que el informe final hablaría de pruebas, de móviles, de culpables, pero esa verdad fría no aparecería en el informe. Lo que había detrás era más grande: un pueblo entero que

había callado, que cerró los ojos mientras asesinaban a un hombre por ser diferente. Y esa herida no se curaba con un documento sellado ni con un juicio.

Se preguntó si alguna vez se curaría en absoluto.

Clara se detuvo en una piedra, mirando el horizonte encendido por el crepúsculo. Luego echó a andar de nuevo. El aire olía a campo y a ceniza antigua. Caminaba hacia la noche con la certeza de que, por fin, la verdad había sido pronunciada.

Pero no era una victoria. Era apenas una grieta en un muro levantado durante décadas.

Pensó en Lucía: para ella la verdad era una condena y un alivio al mismo tiempo. Condena porque le mostraba la traición de quienes callaron, alivio porque por fin podía nombrar a su padre sin vergüenza ni mentira.

Y pensó en sí misma. En cómo aquel caso la había cambiado. No había entrado en la Guardia Civil para convertirse en guardiana de fantasmas, pero comprendía que eso era lo que le tocaba: escuchar lo que nadie quería decir, poner palabras donde otros habían puesto silencio.

Se quedó quieta un instante. El sol había desaparecido ya y el primer resplandor de la luna se insinuaba en el horizonte.

Respiró hondo. Sabía que al día siguiente entregaría el informe con las pruebas, con los nombres, con los hechos. Pero lo que acababa de pronunciar en voz baja, sola en aquel camino, era la única verdad que importaba: que el silencio nunca protege, solo prolonga la herida.

Y mientras avanzaba, entendió que escribirlo sería también una forma de salvarse a sí misma.

Capítulo 49 — Informe final de instrucción

Unidad de la Guardia Civil n.º 7
Redactora: Sargento Clara Molina
Asunto: Caso Ramón Belmonte - Conclusión de diligencias
La muerte violenta de Ramón Belmonte constituye el punto de inicio de la presente investigación.

Según la confesión de Carlos Elías, fue él mismo quien lo asesinó. El motivo alegado: evitar que Belmonte revelara públicamente la verdad sobre la desaparición de Rubén Gallego. Belmonte, aquejado de remordimientos, había insinuado en diversas ocasiones su intención de «contarlo todo».

Elementos probatorios:

. Confesión voluntaria de Elías, detallando el modo de ejecución y el lugar.

. Coincidencia entre el relato y los indicios hallados en el cuerpo de Belmonte.

. Declaraciones indirectas recogidas en el pueblo sobre el estado anímico de Belmonte en semanas previas a su muerte.

Conclusión parcial La muerte de Belmonte fue un homicidio intencionado, con un claro fin: silenciar al único testigo que podía quebrar el pacto de silencio. La eliminación de Belmonte no solo cierra el círculo de la violencia iniciada en 1992, sino que pone de manifiesto la persistencia del miedo como herramienta de control social.

Asunto: Caso Rubén Gallego - Conclusión de diligencias

1. Antecedentes En el mes de junio de 1992 se denunció la desaparición de Rubén Gallego, vecino del municipio desde hacía varios años. Tras múltiples pesquisas y hallazgos inconexos —restos calcinados en una caseta rural, testimonios fragmentarios y rumores extendidos por la población— se mantuvo durante décadas la versión de que el incendio había destruido pruebas antiguas y que Rubén se había marchado por voluntad propia.

La investigación actual, reabierta a raíz de la muerte de Ramón Belmonte y la confesión de Carlos Elías, permite reconstruir con detalle los hechos y desmontar el relato oficial sostenido por el pueblo.

2. Declaración de Carlos Elías Elías reconoce haber asesinado personalmente a Ramón Belmonte por miedo a que contara lo que realmente había ocurrido en el 92.

Además, reconoce haber participado en los siguientes acontecimientos:

Reunión previa: convocada en dependencias municipales con presencia del alcalde, el párroco y varios hombres influyentes del lugar. En dicha reunión se decidió presionar a Rubén Gallego para que abandonara el pueblo, justificándolo como «necesidad por el bien común».

Ejecución de la decisión: días después, Rubén fue citado en el almendro viejo para comunicarle una decisión tomada por las autoridades del municipio.

Agresión mortal: Rubén se negó a marcharse voluntariamente, defendiendo su derecho a permanecer en el pueblo. Ante esta negativa, Miguel Gutiérrez lo agredió con un golpe en la cabeza, provocando su muerte inmediata.

Enterramiento clandestino: en el mismo lugar, bajo el almendro, los presentes cavaron una fosa improvisada y sepultaron a Rubén.

Incendio de la caseta: días más tarde, Ramón Belmonte y el propio Elías planearon quemar una caseta abandonada para crear una distracción. El objetivo era que la comunidad creyera que lo que ardía eran restos antiguos, vinculados a otro tiempo, desviando así cualquier sospecha sobre Rubén.

3. Elementos probatorios

-Testimonio completo de Carlos Elías, en calidad de confesión voluntaria.

-Coincidencia de los hechos narrados con las anomalías detectadas en peritajes anteriores —huesos confundidos con restos antiguos en la zona de la caseta incendiada—.

-Localización del almendro viejo como punto señalado por Elías.

-Coincidencia de los nombres implicados con personas de relevancia en el entramado local.

4. Conclusiones de la investigación La muerte de Rubén Gallego no fue fruto de un accidente, sino consecuencia de una decisión colectiva, nacida en una reunión secreta de notables del pueblo y ejecutada por un grupo reducido de hombres.

El motivo alegado fue el «mal ejemplo» que representaba su modo de vida. El trasfondo real: miedo, prejuicio y la necesidad de mantener intacto un modelo social cerrado.

El enterramiento bajo el almendro viejo constituye el núcleo del crimen: un homicidio encubierto y ocultado con tierra y silencio.

El incendio posterior de la caseta fue una maniobra de distracción que permitió sostener durante años un relato falso, aceptado sin resistencia por la comunidad.

Carlos Elías actuó como mediador y facilitador: primero como enlace en la reunión inicial, luego como cómplice activo en el enterramiento y la maniobra de encubrimiento. Su confesión desvela la trama y rompe el pacto de silencio.

5. Apunte personal (no incorporado al sumario oficial) Elías habla de la tierra como si aún pesara sobre sus manos. Yo pienso en ese almendro viejo: árbol solitario, testigo de sequías y lluvias, convertido en tumba sin nombre. El fuego engañó, la tierra ocultó, pero al final la verdad ha emergido.

Rubén no buscaba poder ni conflicto. Quería vivir en paz, plantar, leer, ser distinto. Por eso lo mataron. El pueblo necesitaba un relato para dormir tranquilo; durante años lo aceptaron. Hoy ese relato se rompe.

No hay tierra suficiente para ocultar la verdad cuando alguien se decide a contarla. Y ese es ahora mi deber: escuchar lo que la tierra guarda y devolverle la voz.

6. Cierre del informe Se eleva a la autoridad judicial competente la declaración íntegra de Carlos Elías y las conclusiones de la investigación, a fin de ordenar las diligencias oportunas para la recuperación de los restos de Rubén Gallego y la depuración de responsabilidades.
Firma: Sargento Clara Molina Unidad de la Guardia Civil n.º 7

Epílogo — Sembrar después del fuego

Han pasado seis meses. El invierno fue más corto de lo habitual, como si supiera que ya no había nada que enterrar. Ahora, a comienzos de mayo, las primeras espigas asoman entre los surcos, y un leve perfume a tomillo flota en el aire.

Lucía camina sola por los campos que heredó. No vendió la finca, como muchos habían pensado que haría. Se quedó. Aprendió a sembrar, a regar, a levantarse temprano como hacía Ramón. Pero lo hace a su manera, con manos nuevas y mirada libre.

En el borde del campo, junto a una encina vieja, ha colocado una placa de hierro oxidado donde se lee: «Aquí germinó la verdad. Que la tierra nunca olvide lo que el fuego quiso borrar».

Clara ya no está en el pueblo. Fue trasladada a otro destino, pero lleva consigo un cuaderno en blanco que empieza a llenar con palabras sueltas: «escuchar», «mirar bien», «no rendirse».

A veces recibe cartas de Lucía. Breves, sin retórica. «Este año han florecido los almendros como nunca», le escribió en marzo. Y una foto: la loma, el cielo azul y una flor silvestre creciendo entre las piedras.

Clara la guarda en el bolsillo interior de su chaqueta, como un amuleto.

Nadie volvió a hablar del incendio del 92 en voz alta. Pero en las tabernas ya no se cambia de tema cuando se nombra a Ramón Belmonte. Y a veces, entre los vecinos, se escucha decir: «La tierra… cuando se calla tanto tiempo, después habla más fuerte.»

Y alguien asiente. Y se sirve vino. Y se mira el horizonte sin miedo.

FIN